

# Shikoku

Peregrinaje de la madurez a la vejez

Amparo Espinosa Rugarcía



EDITORIAL PORRÚA  
AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15  
MÉXICO, 2002

Primera edición, 2002

Copyright © 2002 por:

AMPARO ESPINOSA RUGARCÍA

José de Teresa No. 253, col. Campestre,

01040, México, D. F.

Esta edición y sus características son propiedad de la

EDITORIAL PORRÚA, S. A. de C. V. 8

Av. República Argentina 15 altos, col. Centro, 06020, México, D. F.

Derechos reservados

Queda hecho el depósito que marca la ley

ISBN 970-07-3676-8

IMPRESO EN MÉXICO  
PRINTED IN MEXICO

*A mis hijos, Amparín, Julio y  
Manuel, y a mis hijos políticos, Paty y David, para  
que sigan siempre la consigna del peregrino y se  
queden sólo con lo que amen.*

*A Manuel, además, por su fe en Shikoku.*

*A Yiya, porque nos enseñó a amar  
incondicionalmente.*

## INTRODUCCIÓN

El día que celebré mi cumpleaños número sesenta, al momento de apagar las velas del imprescindible pastel de Sanborn's, lo decidí: marcaría el inicio de la última etapa de mi vida con un peregrinaje a Shikoku.

Días antes de un primer viaje a Japón con mi familia, algunos meses antes de mi aniversario, me enteré que existía una isla llamada Shikoku donde hay ochenta monasterios budistas dispuestos en un circuito que los japoneses recorren en peregrinaje desde hace más de mil años para anticipar la vejez. En algún momento pensé incluir la visita a esta isla en aquel viaje. Pero la salida era ya inminente y el tiempo de que disponíamos era sólo de diez días. Además, si para mi hija, mis dos hijos, mi nuera y yo la experiencia se adivinaba saludable, para mis nietas Amparo Alexia y Camila, de cinco y siete años de edad, parecía excesiva. Eran todavía demasiado pequeñas para comportarse con la solemnidad que requiere un peregrinaje como el de Shikoku que, ahora sé, el destino me deparraba sólo a mí.

Sé que es imposible pronosticar cuántos años viviremos, pero hay quienes dicen que podemos aproximarnos. Provengo de una familia longeva donde cumplir un siglo no es cosa extraordinaria y está, además, el incremento natural en las expectativas de vida de las mexicanas. Aunque no podría asegurarlo, a mis sesenta años tal vez puedo aspirar a otros quince o veinte en esta tierra. De algo estoy segura: fueren los que fueren, significan la última oportunidad de estrujar la vida y derramar sus jugos a mi antojo. Quiero entregarle a la muerte sólo el esqueleto.

Hacía ya tiempo que había empezado a despedirme de un yo que pedía a gritos la jubilación. Hábitos, actividades y relaciones

que durante años me definieron, a la luz de mi sexta década parecían sólo incidentes pasajeros más o menos pintorescos. Perdurados en fotografías de rostros y escenarios diferentes, los había ido almacenando ritualmente, en álbumes que guardo en mi biblioteca por si alguna vez el paso del tiempo me hace dudar de su veracidad. En su momento, fueron gloriosos. Pero era hora de que cedieran el espacio que ocuparon durante años en el país de mis días, a otras actividades, a otros hábitos, a otras relaciones más acordes al nuevo yo que se gestó con mi última menstruación y cuyo nacimiento inminente anunciaron las convulsiones de paz que sentí al levantarme de la silla, solemnemente, y apagar, con cierta nostalgia y mucha expectación, las velas de un pastel cubierto de merengue, coronado con dos velas gruesas en forma de seis y de cero donde, como acostumbro, coloqué mi anillo para desearme a mí misma suerte antes de apagarlas.

Al cumplir cuarentaicinco años, Montaigne dijo que había llegado el momento de pensar en la muerte. Durante quince me hice la sorda al llamado del famoso ensayista pero se me acababa el tiempo. No debía retrasar más el inicio de una tarea que cumpliría a mi ritmo u obligada por la inminencia del fin, pero irremediamente. La vida me invitaba a abordarla con una peregrinación y no podía despreciar su ofrecimiento.

Debía preparar el viaje a Japón con delicadeza, acorde a la venerabilidad implícita en la misión de reverenciar y darle la bienvenida al parteaguas que sellaría para toda la eternidad mi asombroso, mi escalofriante, mi maravilloso paso por este planeta. Una manera de hacerlo era comenzando la aventura desde antes de salir de México a través de visitas breves a etapas anteriores de mi vida; a lugares, personajes y lecturas que todavía formaban parte de mi historia consciente. Cargaría el equipaje espiritual que llevaría a Shikoku de los recuerdos más tenaces; de aquellos que, por alguna razón misteriosa, no se reducían todavía a una página de cualquiera de mis álbumes y seguían empeñados en formar parte de un hoy que ya no les correspondía. Si estos recuerdos me acompañaban a recorrer el circuito monástico de la más pequeña de las islas japonesas, tal vez me confesarían las razones de su terca permanencia. Si se empeñaban

en mantener su hermetismo, les pediría que, al menos, me describieran en detalle anécdotas de mi biografía que tengo confusas para irlas anotando, en mi mejor caligrafía, en algún cuaderno de pasta dura de los que me sirven de diarios. Hacer un balance existencial, sin misericordia y con honestidad, requiere de una contabilidad precisa que debe registrarse bellamente y por escrito. Estaba decidida a iniciar mi etapa final con una visión muy clara de mi desempeño como ser humano. Sólo así exprimiría hasta la última gota los años que me restaran de vida como añoraba hacerlo para despedirme en paz.

El gran peregrinaje de Shikoku supone visitar todos los templos en el sentido que marcan las manecillas del reloj. Sabía, desde antes de empezar a recorrerlo, que en esta primera aproximación resultaba imposible cubrir íntegramente éste y todos los demás requerimientos al pie de la letra. Algunos templos están muy apartados de las carreteras y el tiempo de que yo disponía era escaso, como siempre. Ya desde antes de salir me enfrentaba a una de mis características más arraigadas que a veces me parece una virtud y otras, uno de mis peores vicios: mis perpetuas prisas, una hiperactividad que me acompaña casi desde que nací. ¿Sería acaso un rasgo de mi carácter que tendría que moderar en el futuro?

No conocía ningún mexicano que hubiera peregrinado en Shikoku. Acudí a Laura, mi agente de viajes de siempre, para obtener información. Ella tampoco sabía nada de esta isla y llamó a Luisa Fernanda, una amiga suya especializada en itinerarios al Oriente, para pedirle que la ayudara a organizar mi viaje. Le pidió, además, que platicara conmigo. El encuentro entre Luisa Fernanda y yo fue afortunado. Se casó con un japonés y vivió varios años en Japón antes de volver a México y abrir la agencia. Comprendió de inmediato lo que yo pretendía. Me regaló un libro sobre Shikoku —yo había podido conseguir muy poca información— y me dijo qué ropa debía llevar. Pero sobre todo, me habló de los japoneses. Me comentó, entre otras muchas cosas, que la vajillas utilizadas por ellos, especialmente los por monjes, para comer todos los días, varían con las estaciones. Yo sabía, por mis años de aprendizaje de la ceremonia del té, que hay rituales de primavera y de invierno para celebrar

esta ceremonia y que incluso la colocación de los leños en el caldero tiene reglas estacionales. Pero nunca imaginé que esta minuciosidad fuera extensiva a la vida cotidiana de los japoneses porque implica resolver, entre otros muchos dilemas, cómo guardar numerosos artefactos muy frágiles en casas diminutas prácticamente desnudas de muebles.

Mis conversaciones con Luisa Fernanda afirmaron mi decisión de marcar significativamente la antesala de mi vejez. Si cada época del año requiere de una ceremonia del té específica, si cada estación pide platos, tazas y cubiertos apropiados ¿cuánto más las diferentes etapas de nuestra vida requerirán actitudes, conductas y rituales acordes a sus características? Yo debía guardar en algún rincón de mi alma, de una vez por todas, los repertorios que utilicé para sortear la niñez, la juventud y la adultez, como si fueran vajillas de primavera, de verano y de otoño, y emprender la búsqueda del que necesitaría para el invierno incluso si significaba tener que cruzar el Océano Pacífico.

Hasta ese momento yo había pretendido que viviría un eterno otoño salpicado de recuerdos primaverales o veraniegos. La vejez y la muerte eran para mí males de una especie extranjera y sólo debía preocuparme de mi realidad de mujer adulta capaz de movilizarse por el mundo casi a voluntad. Dejé de ser esposa hace décadas. Mi hija y mis dos hijos tienen ya una edad que les permite desplazarse solos y mi padre, a quien yo me prometí en secreto acompañar hasta el final, murió recientemente. El tiempo era cada vez más mi tiempo. El deleite que me produce manejar cada fin de semana a Cuernavaca a la hora de mi elección, escuchando música y mis grabaciones de lecturas preferidas, arreglar el jardín y pasear libremente por el campo los sábados y los domingos, no es superior al que me produce desmenuzar mis ideas en artículos periodísticos, organizar concursos para mujeres que se atreven a contar su historia, meditar los miércoles con mis compañeras de trabajo y realizar lo mejor posible mis funciones de consejera de empresas. Como no tengo problema de dinero, mi libertad es casi total.

Qué oportuno resultaba el peregrinaje a Shikoku. Qué oportuno para recordarme que todo tiene un fin y que incluso esa sensación

de libertad y autodeterminación son pasajeras y paseos, concursos, meditaciones y artículos un día desaparecerán. Con todo esto en mi cabeza emprendí los prolegómenos del peregrinaje para los que tenía, también, muy poco tiempo.



## PRIMERA ESTACIÓN

Un luminoso patio interior de paredes de roca volcánica, cubiertas de musgo y enredaderas salpicadas de orquídeas, y una bóveda transparente que dejaba pasar las estrellas, era lo mejor de la casa de Chimalistac de la tía Ángela. Las comidas domingueras congregaban a la familia y transcurrían en torno a una mesa redonda, resguardada por un mantel bordado por mi misma tía con estambres de colores, colocada en la esquina del patio que monopolizaba las rocas más abigarradas. Las sobremesas eran el momento culminante. Yo era entonces muy niña pero aún recuerdo el tono de las conversaciones variando al ritmo de las sombras provocadas por los cambios de luz que arrojaba el paso de las horas. Este luminoso patio interior de paredes volcánicas desapareció hace décadas. Mi tía lo sacrificó para dividir la casa en dos y regalarle la mitad a uno de sus ocho hijos sin saber que sacrificaba uno de mis escenarios infantiles más entrañables.

Lo mejor de la casa de Chimalistac de la tía Ángela es ahora un jardín de unos diez metros cuadrados tapizado de belenes, margaritas, pensamientos y violetas. Al centro se levanta un sauce llorón, mi árbol preferido después de la jacaranda y la tibutina. A su lado, un fresno gigantesco. No parece un jardín muy visitado. Tal vez, como un día comentó mi hijo Julio al ver a mi madre sentada en el sofá de la sala, “las abuelas son de sombra”.

Elegí visitar a mi tía Ángela para inaugurar el peregrinaje porque es el último testigo vivo de mis orígenes. Quería preguntarle en qué iglesia se casaron mis padres y dónde vivieron en Puebla, y tal vez también, el nombre del hospital donde nació. Se me antojaba pasear por estos lugares para llevármelos a Shikoku en mi equipaje de

memorias. Pero las cosas pocas veces ocurren como las programamos ¿afortunadamente quizá? y la conversación tomó otros rumbos.

Tan pronto nos sentamos a comer le pregunté a mi tía qué cambiaría de su vida. Rápidamente, porque en nuestra familia hablamos como tarabillas, me respondió que se acordaba de pocas cosas y re-dirigió la conversación hacia mi padre diciéndome que fue un hombre extraordinario. Me confesó que lo extraña y en sus ojos pude ver que no mentía porque al momento se inundaron de nostalgia. Todos los días hablaban por teléfono. Ángela le estaba agradecida porque la ayudó con sus hijos cuando se quedó viuda, y mi padre encontraba en ella una interlocutora pizpireta dispuesta a escucharlo y a opinar con honestidad sobre lo que él decía. Esto no le ocurría a menudo porque su enorme poder económico y social invitaba a la insinceridad.

Mientras oía a mi tía hablar de mi padre, recordé que siendo yo todavía una adolescente, un día ella me dijo muy quedo, al tiempo de mirar a su madre —mi abuela— sentada en su silla mecedora, que era muy triste ver envejecer a los padres. Pensé que también causa dolor ver a las tías hacerse mayores aunque casi no se les note. No en balde San Francisco de Borja decidió no volver a servir más que a Dios cuando vio a la reina Isabel, la soberana que él había amado con tanta lealtad, en su féretro pudriéndose ya. Pero a pesar de que esta anécdota siempre me ha llamado la atención, yo no he sido fiel al ejemplo de San Francisco. He reverenciado a los hombres, empezando por mi padre, hasta casi deificarlos, un sinnúmero de veces. ¿Durante cuántas horas interminables mi corazón no ha latido sólo por ellos olvidándose de que es a mí a quien pertenece?

Seguramente adoré a mi padre desde que nació. Pero me di cuenta de eso a los seis años viéndolo montado en su yegua *La Bonita* afuera de la casa de la calle del Ajusco donde vivimos cuando llegamos a México. Él acostumbraba montar en el campo los fines de semana y esa vez decidió sorprendernos con una visita a domicilio. Se veía imponente dominando sin esfuerzo aquel enorme animal, frente a la ligera puerta de barrotes de fierro desde donde sus dos hijas

mayores nos asomamos, tan pronto escuchamos los cascotes, con el perro *Sultán* ladrando a nuestro lado.

Ese día, y todos los que vinieron después, mi padre me pareció altísimo, a pesar de su escaso metro sesentaicinco de estatura. Empuñando el fute y apretando las piernas para dirigir a *La Bonita*, sólo le faltaba cantar para ser otro Jorge Negrete. Lo imaginé trotando por la calles emprendiendo toda suerte de aventuras riesgosas que contrastaban, desfavorablemente desde mi óptica de aquellos años, con las de mi madre que en esos momentos debía estar amamantando a su hija más pequeña o bañando al tercero, tejiéndonos vestidos o haciendo cortinas para nuestros cuartos. Podría disculpar la percepción casi heroica y distorsionada de mi padre argumentando que obedeció a mi corta edad si no fuera porque aún persiste a pesar de que él murió hace casi dos años y yo ya estoy a punto de ser vieja. Sin embargo, sí puedo disculpar la percepción un tanto negativa de mi madre porque la he rectificado con el tiempo haciéndole justicia.

Mi tía Ángela es la menor de las dos hermanas de mi padre y siempre se ha visto más joven de lo que es. Incluso ahora, a sus ochentaitres años, pasaría con facilidad por una mujer de cincuentaitantos. Luce impecable en su conjunto de suéteres amarillos, falda vaporosa en tonos pastel y sus imprescindibles zapatos de tacón muy alto pues nunca se ha resignado a su metro cincuenta de estatura. Sentada a la cabecera de la mesa y al son de una sopa de bolitas de pan muy rica, me cuenta que “mi mamá decía que ella y yo no éramos simpáticas ni guapas como mi hermana María y por eso debíamos desarrollar otras virtudes... pero yo sé que ella se incluía para no hacerme sentir mal”.

Me intriga que en el mar de olvidos de mi tía Ángela, este recuerdo se mantenga a flote. ¿Realmente habría dicho mi abuela que mi tía no era guapa ni simpática? Poco importa. Lo relevante es que por razones que ni un oráculo penetraría, de las muchas frases que seguramente le dijo a su hija durante sus casi cien años de vida, fueron éstas, sean reales o inventadas, las que marcaron la memoria de Ángela como si un sello candente las hubiera troquelado.

Mi maternidad pasa frente a mí como relámpago. Tiemblo.

Me sobrecoge el daño involuntario que palabras dichas por mí, inconscientemente, les habrán causado a mi tres hijos. Miro con ternura de madre a mi tía y me doy cuenta que por primera vez la veo desde mi adultez. Hace tres meses vine a su casa a aprender a hacer las galletas navideñas de mi abuela. Llegué veinticinco minutos tarde porque le habían cambiado el sentido a las calles y no eran todavía las seis. Sin embargo, ella me recibió diciendo: “Ya no da tiempo”. Metió bruscamente en una bolsa de papel una botella de jerez, un paquete de manteca de cerdo, una barra de mantequilla y azúcar glas. Me dio la receta por escrito y dijo que las hiciera en mi casa. Las galletas nunca me han salido bien pero no le había vuelto a pedir a mi tía Ángela que me enseñara a hacerlas porque no quería otro regaño. Esta vez se lo pido. Tal vez me gustará, cuando tenga su edad, que alguna sobrina insista que le enseñé algo a pesar de las inevitables excentricidades que habré adquirido para entonces.

No quiero irme. Pero debo regresar a la oficina y mi tía parece fatigada. Recorro rápidamente la sala con los ojos antes de salir buscando pistas para preparar mi futuro. ¿Qué querrán decirme las fotografías infantiles de mis primos que ahora tienen ya todos más de cincuenta años? ¿Qué un pequeño ángel de madera muy sonriente tumbado sobre la mesa? ¿y el tapiz réplica de un cuadro de Siqueiros que ha estado allí toda la vida...? ¿Cuánto cariño esconderán estos objetos? ¿Cuánta frustración? ¿Qué anécdotas podrían contarme?

Mi tía me mira desde no sé dónde. Yo la miro con ganas de leer su rostro que será el mío dentro de veintitrés años. La miro para decirle sin palabras que la quiero; que ojalá esté allí siempre para recordarme que algún día fui una niña esperando la vida sentada a una mesa redonda colocada en una esquina de un patio luminoso y que por favor me enseñe a ser vieja. Veo sus manos nudosas no tan diferentes de lo que son ya las mías. Su andar más lento que cuando vine a hacer galletas. Me dice que está muy sola y pienso: ¿y mi prima Ángeles, la hija que vive contigo?, ¿y el hijo que vive al lado?, ¿y tu bisnieta de enormes ojos azules que tanto amas y te visita a menudo?, ¿y tus jugadas de bridge con las amigas? ¿y el cine con las cuñadas...? ¿y...? ¿y...?

Igual hablaba mi padre. Se quejaba de soledad conmigo que lo visitaba dos veces al día; conmigo que sabía de sus continuos huéspedes y del teléfono que no dejaba de sonar. ¿En qué consiste la soledad de los viejos que tienen sus vidas llenas de gente? ¿de estos viejos que han acumulado recuerdos que colmarían de orgullo a cualquiera? ¿Qué hay en el fondo de su perpetua queja de soledad? ¿La sentiré yo también cuando llegue mi turno? ¿Podré definirla entonces?

## SEGUNDA ESTACIÓN

La segunda estación del peregrinaje fue la casa de Xavier Escalada, un sacerdote jesuita de origen español que vivió en Japón durante dos décadas. Regresó a México hace tiempo y siempre ha querido volver de misionero al Oriente. A sus casi ochenta años sigue esperando el permiso de sus superiores; mientras llega, dirige grupos de meditación de señoras mayores como si fuera la vocación de su vida.

Lo conocí, como a muchos otros sacerdotes jesuitas, en la Universidad Iberoamericana. Cuando terminé de estudiar solía encontrármelo en ceremonias religiosas. Dejé de ir a la iglesia y le perdí la pista. Días antes del primer aniversario de la muerte de mi padre, una de mis hermanas lo encontró casualmente y le pidió que dijera la misa *in memoria* porque había sido buen amigo suyo. El reencuentro con Xavier Escalada me pareció providencial. ¿Quién mejor que él para hablarme del Japón? Al terminar la misa le dije que celebraría mi cumpleaños visitando monasterios budistas y quería una cita porque necesitaba orientación.

El padre Escalada vive en el penthouse de un edificio en el norte de la ciudad entre decenas de canarios que no dejaron de cantar mientras estuve allí. La chica de la puerta me informó que estos canarios se reproducen mucho lo que no dejó de sorprenderme pues pensaba que los pájaros en cautiverio son estériles. Cuántas otras creencias igualmente absurdas no iré arrastrando por la vida, pensé mirando a una canaria alimentar a su pequeño. La llegada de Xavier con varios libros gruesos sobre el Japón entre las manos me regresó al motivo de mi visita obligándome a dejar para otro momento el recuento de mis suposiciones equívocas.

Desde luego que conocía la tradición del peregrinaje de Shikoku, me dijo el padre en cuanto nos sentamos a una mesa rectangular

cerca de una amplia ventana, al tiempo que señalaba la isla con indudable conocimiento del área. “¿No quisieras visitar también Nagasaki?”, preguntó con aparente candidez moviendo en seguida la mano hacia esa dirección. “San Felipe de Jesús desembarcó en esta ciudad y Diego Pacheco, otro jesuita, vive allí desde hace tiempo. Se especializa en cristianismo japonés, que es extraordinario, y podría ayudarte a encontrar a Jesús. Porque, ¿no es éste a fin de cuentas el objeto de tu viaje?”. Saliendo de la casa de Xavier, incluso antes de subirme al coche, llamé a Laura. Le pedí que incluyera a Nagasaki en el recorrido aunque tuviéramos que eliminar otras ciudades. Al llegar a la oficina le envié un fax a Diego Pacheco para agendar una cita.

¿Qué significaba entonces la década de meditación zen? ¿Dónde cabía Ayya Kemma, la monja tibetana que yo leía con admiración? Y lo más acuciante en ese momento, ¿cómo interpretar un peregrinaje budista al otro lado del mundo si días antes de emprenderlo sucumbía a una mera insinuación del catolicismo? No había duda. Era la fe de mis padres y de mis abuelos seduciéndome de nuevo con sus pegajosas redes. ¡Y yo que creí haberla vencido desde hacía mucho!

Mi fe católica se fracturó a mis veintinueve años cuando leí *Moral y Matrimonio* de Bertrand Russell. Lo leí una sola vez y bastó para que se desmoronaran como panqué seco unas convicciones religiosas, que yo creía inamovibles, fincadas en el control de la sexualidad y en la sumisión a los sacerdotes. Una escena humillante que presencié con náusea en una misa de difuntos años después, completó el rompimiento: mi hermana, afligida de manera indescriptible por la trágica muerte de un hijo adolescente, se agacha desde la cintura para besarle la mano al sacerdote que oficiará la ceremonia luctuosa demostrándole sometimiento y subordinación. ¿No acaso le correspondía al sacerdote humillarse ante mi hermana en ese difícil trance? ¿No era a ella a quien debían besarle no sólo la mano sino el rostro y hasta los pies? ¿No en señal de reverencia por el dolor de una madre que ha perdido al hijo, la humanidad entera se inclina ante La Piedad de Miguel Ángel desde hace quinientos años? Pero quizá el gesto obliga a los sacerdotes sólo cuando se trata del mármol. Ante la carne y los huesos dolientes de mujeres desoladas, estiran

el brazo para recibir besos de sumisión y reconocimiento a su noble investidura.

Un episodio que la mayoría de los presentes seguramente ignoró; un mero ritual en apariencia intrascendente observado durante siglos por todos los fieles, me desquició. No podía ni puedo entender que se observe con indiferencia a una madre que acaba de perder a un hijo, anteponer, a su propio dolor, la muestra de servilismo que le exige sin palabras, sólo mirándola, el oficiante de la ceremonia que marcará el dramático acontecimiento. Las mujeres católicas cuidamos las iglesias, trasmitimos los dogmas y cocinamos para los sacerdotes. Sin embargo, siglos de indoctrinación nos imponen conductas indignas y aberrantes amén de prohibirnos el acceso a la alta jerarquía eclesiástica y ejercer el más significativo y sagrado de los misterios que es transformar el pan y el vino en la carne y la sangre de Cristo.

Creí que estas vivencias me habían alejado definitivamente de mi iglesia. Sin embargo, aquí estaba, intentando modificar un itinerario complejo para incorporarla al peregrinaje. Es verdad que durante los años de distanciamiento, complementé mis lecturas budistas con lecturas bíblicas; que devoré varias veces la *Ultima tentación* de Kazantzakis y *El evangelio según Jesucristo* de José Saramago. Pero creí que estas concesiones eran anodinas. ¿Fueron entonces síntomas de una recalcitrante fidelidad al catolicismo que no puedo confesarme? ¿Estaría destinada a morir en el seno de la Santa Madre Iglesia pidiendo una bendición sacerdotal después de todo?



## TERCERA ESTACIÓN

Mi casa en San Ángel fue una parada obligada en el peregrinaje. He vivido en ella más de treinta. Primero casada. Después como mujer divorciada con tres hijos y su nana Yiya. Me senté a las puertas de mi recámara a esperar a Vicky y a Sanoj, los dos perros viejos que se acercan en cuanto me oyen llegar del trabajo porque saben que les daré de comer. Quería hacer la recapitulación del espacio doméstico de mi vida desde este rincón, bajo el sol del atardecer. Estos metros cuadrados de mi ciudad y esta hora del día me han visto hacerme mayor y deben tener recuerdos que debo incluir en mi equipaje.

Saqué una salchicha de la bolsa y se la enseñé a Vicky. A paso lento vino hacia mí, cojeando de las patas traseras. Qué vieja está, pensé. Ella y Sanoj son los sobrevivientes de una docena de perros que teníamos hace algunos años. La acaricio más que de costumbre, con tristeza y agradecimiento, mirándola a los ojos nublados de tiempo. Me han dicho que tiene unos tumores inoperables y, aunque no son malignos, han empezado a deteriorarla. Sé que el césped de mi jardín será menos verde sin sus ladridos agudos y su pelambre enmarañada, como también lo será sin los arañazos del melancólico Sanoj que llegó corriendo en seguida dando también muestras indudables de su avanzada edad. Inseparables como una pareja de viajeros en tierra extraña desde que se quedaron solos, Vicki, una pseudomaltés diminuta, y Sanoj, un enorme alaskan, son un extraño dúo que alegra generosamente mis tardes.

Desde que mis hijos eran niños hasta que se hicieron mayores y tuvieron otras ocupaciones que demandan su tiempo, todos los días me reunía con ellos en este mismo sitio después de la comida. Preparaba el té cómo aprendí a hacerlo en Inglaterra y pasábamos horas interminables jugando o platicando de nuestras intimidades entre

sorbo y sorbo de *Earl Gray*. Cuando nos acompañaba mi amiga Marcela o algún otro amigo, el chateo, como se dice ahora, cobraba una dinámica diferente porque en esas ocasiones leíamos el *I Ching* y descifrábamos sus mensajes entre todos. Una vez que estaba yo sufriendo de amor, como me ocurre con frecuencia porque no he aprendido todavía a manejar sus caprichos, eché las moneditas de bronce para saber dónde buscar sabiduría. “La montaña se mantiene quieta. Arriba el fuego llamea y no permanece; por lo tanto no quedan juntos. La separación es la suerte del andariego”, me dijo el hexagrama indicado presagiando el desenlace. Nadie comentó nada por falta de elementos para hacer interpretaciones: aquella vez yo preferí guardar en secreto mi pregunta por temor a que se rieran de mí.

En una época me dio por hacer esos panqués ingleses que se llaman *scones*. En Inglaterra se sirven a la hora del té junto con pequeños sandwiches de pepino. Entonces estas tardeadas familiares se alargaban y se volvían muy dulces por la cantidad de crema y mermelada de naranja, también hecha en casa, que colocábamos dentro de los *scones*.

Mi jardín se llena de pájaros por las tardes. Gorriones, tordos y chupamirtos se pelean por lombrices y semillas, sobre todo cuando acaban de podar el césped. Ahora, por lo general estoy sola a esta hora y me divierto mirándolos. Tengo unos binoculares que me permiten aproximármeles sin que se den cuenta. Los he visto extraer la miel de las jacarandas y de los colorines y picotear los capulines hasta comérselos por entero dejando sólo el hueso pendiendo de un tallo. Los he visto danzar en los charcos y entre las ramas de los árboles. Pero lo que nunca he descubierto es si los asustan los truenos y dónde se esconden cuando cae una tormenta.

Me han enseñado mucho estos pájaros con quienes comparto las tardes otoñales de mi vida. En una ocasión estuvieron a punto de abandonarme. Se me ocurrió comprar un enorme comedero que llené de alpiste y colgué de un árbol de durazno. Poco a poco la abundancia fue atrayendo a las urracas y a los cuervos que empezaron a posesionarse del comedero hasta que ningún gorrión, chupamirto o tordo se atrevía a acercársele. Cuando me percaté que el

jardín estaba adquiriendo un aspecto siniestro, bajé el comedero del árbol y en seguida mi *habitat* exterior se normalizó. Gorriones, torcos y chupamirtos volvieron a sus andanzas y no se han movido desde entonces. La evidente similitud con lo que ocurre cuando existe dinero en exceso obliga a las extrapolaciones.

No siempre me senté a las puertas de mi recámara al atardecer. Viví algún tiempo dentro de la casa sin prestarle atención al jardín. Pero un día, como un homenaje a mi madre que acababa de morir, empecé a ocuparme de él. Cubrí las bardas de hiedra y al ras del suelo planté margaritas. Sembré árbol tras árbol sin pensar que crecerían y ahora sus ramas se entremezclan dándole un aire medio selvático a esta superficie plana de trescientos metros cuadrados. Un durazno, que sucumbió hace poco, fue el primero en llegar a mi jardín y ahora tres de sus retoños dan su propio fruto. Luego traje de Cuernavaca dos jacarandas, una guayaba, tres naranjos y dos nísperos. En los viveros de Coyoacán compré dos liquidámbaros, un colorín, tres tibutinas y un capulín que mide más de diez metros de alto y que he podado varias veces porque temo que caiga sobre la casa.

Mis árboles están siempre ahí cuando quiero compañía o necesito contarles algo. Nunca he entendido por qué son del género masculino si son tan fieles. Con frecuencia les hablo de mi madre y de lo mucho que quisiera que hubiera vivido más tiempo. Apenas la conocí, a pesar de que murió cuando yo ya había cumplido treintaicinco años. Tenía la mirada puesta en mi padre y de ella sólo veía la sombra. Pero mi madre ha ido creciendo en mí con el tiempo, como mis árboles. He empezado a dibujarla con retazos de recuerdos. A veces, cuando el viento sopla con fuerza, escucho el tintineo de sus pulsera de oro anunciando que está en casa. Ha habido ocasiones en que vuelvo la cabeza para recibirla porque percibo su aroma; en otras, una sonrisa de mi hija o de mis nietas me remite a su rostro antes de que se ensombreciera.

Si pudiera volver a vivir un solo día con mi madre de los casi trece mil que pasé a su lado, escogería aquel en que fue a recogerme a la escuela vestida de rosa y oliendo también a rosa. Aquella vez, en la solapa de su abrigo, ella llevaba una flor hermosa, a pesar de que

era negra. Iba peinada de chongo y el pelo cobrizo le brillaba como nunca. Sus ojos verdes hablaban de que acababa de hacer el amor con mi padre, aunque eso no lo supe entonces. Cuando la vi, le dije que había olvidado mi suéter en clase porque quería que se quedara más tiempo en la puerta de la escuela para que todas mis amigas la vieran. Si pudiera volver a vivir ese día con mi madre, le confesaría que a veces sentí celos de su piel de nácar, de sus larguísimas uñas y de sus manos esbeltas y que no entiendo por qué no la abracé más seguido si se me antojaba hacerlo siempre que se me acercaba. Le pediría que me contara otra vez su tristeza de niña cuando oyó a unas señoras cuchichear al verla: “pobre de Amparo, es huérfana”. Le pediría que me lo contara otra vez para consolarla diciéndole que he ido sembrando árboles para rescatar su esencia. Porque yo siempre supe que mi madre amaba a las plantas, aunque lo hiciera en secreto cómo solía hacerlo todo por su timidez. Si volviera a vivir ese día con mi madre, le pediría perdón por haber preferido a mi padre porque sé que ese día ella lo hubiera entendido. Le diría todo esto a mi madre cuando fue a buscarme a la escuela vestida de rosa y oliendo también a rosa porque nunca volví a verla más abierta. Porque nunca volví a verla tan contenta. Si hoy pudiera volver a vivir ese día con mi madre, me convertiría en su madre aunque sólo fuera un instante.

## CUARTA ESTACIÓN

Un alto inesperado a causa de unas manchas de sol que tenía en la cara sacudió mi corporeidad antes de ir a Shikoku. Siguiendo el ejemplo de mi abuela paterna que acostumbraba quemarse cuanta pigmentación oscura descubría en su piel, fui a la dermatóloga para que eliminara algunas apenas visibles que yo tenía al lado de un párpado y en la barbilla.

Apenas sentí los piquetes. Luego, el ardor se intensificó sin llegar nunca a ser intolerable. Lo inesperado comenzó cuando me vi al espejo. Tenía la cara hinchada, muy hinchada. Percibía además un franco olor a quemado que no podía achacar más que a mi propia piel. Más bien, a esa “no piel” que había sido sustituida por plastas de epidermis machacada en torno a mis ojos, en mi barbilla, en mis temples y en mi cuello. La doctora se había engolosinado quemando pigmentaciones y parecía que yo sufría de una varicela rabiosa.

Antes de salir del consultorio pasé al baño. Entré tambaleándome. Por primera vez después de una sesión quita manchas me sentía apaleada y no entendía por qué. Tenía ganas de llorar a gritos aunque fuera ridículo porque no me dolía nada. Dejé el llanto en suspenso. Me apresuré a recoger mi coche y me enfilé al Periférico. Camino a casa no dejé de mirarme en el retrovisor como pretendiendo que las plastas rojas se desvanecieran a fuerza de miradas. En vez de hacerlo, subieron de color hasta convertirse en llagas.

Lacerada es la palabra que definió las horas posteriores al tratamiento del láser. Misteriosa, casi imperceptiblemente la distancia entre mis llagas y yo se fue borrando hasta que yo era mis llagas y mis llagas eran yo; hasta que fuimos una y la misma mis llagas y yo. Por primera vez era yo totalmente mi cuerpo. Por eso el dolor sin

dolor que sentí en el consultorio. Yo, que respondo al contradictorio nombre de Amparo Espinosa, estaba en carne viva.

El descubrimiento arrojó saldos dolorosos. Recordé mis embarazos vividos en medio de una lucha por ocultar sus manifestaciones porque amenazaban con robarme la esbeltez. No reconocí en el abultamiento de mi vientre la gloriosa señal de una nueva vida, sino un órgano deformado que entibiaría el amor de mi marido. Veía a mi cuerpo como algo ajeno que debía ajustarse a criterios estéticos para hacerse merecedor de caricias o digno de miradas. Amamanté a mis hijos más por fe que por entrega. Ojalá hubiera sido entonces pechos como hoy fui piel. Ojalá hubiera sido útero al darlos a luz. Ojalá hubiera sido mi cuerpo llagado; mi cuerpo fértil; mi cuerpo sano y medio salvaje que camina kilómetros sin resentirlo; mi cuerpo discriminador de sabores y olores. Mi yo cuerpo que se ha entregado por su cuenta al hombre, como si me fuera extraño, sin prejuicios ni moralismos. Un yo cuerpo que ha buscado el amor por sobre todas las cosas desde que llegó a esta tierra. Ahora sé que de haberme sentido cuerpo, habría sido también espíritu y el amor habría tenido otras veredas.

## QUINTA ESTACIÓN

La última visita a mi pasado antes de viajar al Japón, fue a la casa de mi padre en la calle de Las Flores. Ubicada en una esquina muy concurrida del viejo barrio de Tlacopac, está delimitada por dos de las pocas calles del sur de la ciudad que desembocan en el Periférico. Una barda de piedras de río cubierta de hiedra y flores de plúmbago, la rodea por completo envolviéndola en misterio.

La casa es una leyenda en la colonia. Las aventuras financieras de mi padre ocuparon los encabezados de los periódicos durante décadas y la gente disfruta construyendo fantasías en torno a personajes que se convierten en mitos. Me tocó vivir en esta casa poblada de rumores desde que tenía diez años hasta que me casé. Su interior ha sufrido tantos cambios para ajustarse a las circunstancias cambiantes de la familia, que necesito poblarlo de memorias para que las vivencias surjan en sus propios escenarios.

Mi padre se la compró a un alemán hace más de cincuenta años y la bautizó *Quinta Guadalupe* en honor a su madre, mi abuela. Era entonces un viejo cascarón rodeado de una hectárea de jardines descuidados. Antes de que la reconstruyeran y pasáramos a habitarla, veníamos los fines de semana de día de campo porque en esa época la ciudad todavía no la alcanzaba. En esas ocasiones, mi madre, de marcada ascendencia española, cocinaba unas tortillas de patatas riquísimas y compraba decenas de Sidrales Mundet, Tin Larines y Almonrices que comíamos mis dos hermanas, mi hermano y yo mientras corríamos entre la hierba vigilados siempre por Eulalia, una mujer indígena que nos cuidó desde que nacimos.

Eulalia nunca me quiso. No me habría importado demasiado si no fuera por las limitaciones que su desamor impuso al disfrute de uno de mis mejores atributos físicos: el pelo. Siempre he tenido una

melena espesa de color cobrizo y en esos tiempos me llegaba a las rodillas. Eulalia la cepillaba y lavaba a su capricho y bastaba que yo le sugiriera que la trenzara y amarrara a la cabeza, para que ella me la dejara suelta y viceversa. Me tenía prohibido despeinarme y jamás me atreví a desafiarla. La única manera que encontré para liberarme de su férula fue pidiéndole a mi padre que en mi décimo cumpleaños él, personalmente, me cortara el pelo.

A mi padre también debía parecerle hermoso mi pelo porque me pidió que, antes de cortármelo, posara peinada de trenzas para Diego Rivera a quien él conocía bien. Fui varias veces al estudio del maestro y me sentaba muy quieta mirándolo mirarme en silencio, un tanto indiferente a mi presencia, con su pincel en la mano. Mientras él hacía los trazos, yo intentaba descubrir, en sus cuidadosos movimientos o en algún objeto de la habitación, indicios que me explicaran qué significaba aquello de ser comunista que mis amigas, sin duda aleccionadas por sus padres, habían dicho de Diego, aterradas, cuando supieron que lo vería.

El cuadro producto de esas sesiones es un clásico Rivera. El fondo es verde limón y la niña que yo era entonces, está sentada en una silla de mimbre con respaldo de madera adornado de flores. Las dos trenzas cuelgan pesadamente sobre los incipientes pechos, amarradas por dos moños color guinda, y las manos descansan suavemente en el regazo; los ojos tienen un deje de tristeza o de melancolía que si no fuera porque se repite en muchas de mis fotografías, diría que se trata sólo de otro sello del pintor.

Terminado el cuadro volví a insistir en el corte de pelo y mi padre se vio obligado a cumplir su promesa. Organizó la ceremonia para llevar a cabo el ritual en el enorme jardín de la *Quinta Guadalupe* que empezaba a sembrarse de cipreses y palmeras. De muy mala gana, pues seguramente sabía que el corte equivalía a mi autonomía, Eulalia me peinó de trenzas colgantes para facilitar la operación como se lo ordenaron. Mi madre se armó de una cámara de películas para que el acontecimiento quedará registrado en la memoria familiar y mi padre, con unas tijeras enormes y relucientes, se colocó detrás de mí y empezó a cortar.

Aquel día, bajo un sol refulgente vi desprenderse primero una trenza y luego la otra. Todavía hoy, si meneo la cabeza y sin necesi-



dad de recurrir a la película que sacó mi madre, puedo revivir la sensación de libertad que sentí al percibir mi pelo recién cortado flotando al lado de mis orejas. Unas tijeras y siete segundos rompieron la cadena que me ataba a Eulalia. ¿Por qué treinta años de psicoanálisis, una maestría en Desarrollo Humano y años de meditación zen han sido insuficientes para romper las que me impiden moverme con soltura por el mundo y echar a volar mi pensamiento? sería otras de las interrogantes del viaje.

Mito Block, un decorador francés que murió hace poco, arregló los interiores de la casa de Las Flores hasta convertirlos en espacios dignos de películas costumbristas del siglo XIX. Adornados con candeleros de muchos prismas, espejos enmarcados de dorado, cómodas de marquetería inglesas y bibelots orientales, eran el marco apropiado para los invitados de todo el mundo que mi padre agasajó, sin cesar, hasta unos cuantos meses antes de morir. Sus hijos nunca participamos en aquellas reuniones cuando éramos niños pues sólo se nos permitía asomarnos por las escaleras para ver llegar a los invitados antes de irnos a la cama. Pero no nos importaba. Disfrutábamos viendo a las señoras vestidas de largo y cubiertas de pieles y a los señores charlando solemnemente con mis padres en el vestíbulo de entrada. Lo disfrutábamos casi tanto como las visitas decembrinas a la casa de mi abuela paterna en Puebla o los viajes de Semana Santa a Acapulco que eran los momentos estelares del año.

Para mí, el encantamiento comenzaba desde antes de la fiesta. Sentada sobre un bote de basura acompañaba a mi padre a ponerse el traje oscuro y anudarse la corbata lisa medio plateada que sujetaba a la camisa con un clip de platino adornado de rubís o zafiros. Eran momentos deliciosos en que lo tenía sólo para mí y me sentía dichosa y segura. Como era absolutamente metódico, yo sabía con certeza que después de arrojar su camisa usada al bote de la ropa sucia, abriría la puerta del clóset y sacaría una limpia; que se la pondría metiendo primero el brazo izquierdo y luego el derecho y que las mancuernas vendrían después de abrocharse los botones. Me tranquilizaba saber, de antemano, que al terminar de vestirse apagaría las luces de su recámara y bajaría las escaleras llamando a mi madre para preguntarle si estaba lista. Yo esperaba en la sala sentada a su lado hasta que llegaban los primeros invitados. Entonces subía a

tomar mi lugar en las escaleras junto a mis hermanos donde permanecía hasta que me daba sueño.

La sala, la biblioteca, el comedor principal y la cocina nos estaban también vedados porque la frontera de nuestro territorio la delimitaban el jardín, el antecomedor y respectivas recámaras. Yo dormía en un cuarto pegado al de mi madre, lo que era un verdadero problema. Me gustaba estudiar por las noches; ella me escuchaba encender la luz para terminar mis tareas y venía a apagarla para que no me desvelara. El protocolo se repitió hasta que conseguí una linterna que mantuve en secreto durante los años de primaria y secundaria. Después ya no la necesité porque me fui a estudiar a Inglaterra. De mis años de adolescencia recuerdo sobre todo las tormentas de verano. Prefería que ocurrieran de noche porque las escuchaba metida debajo de las sábanas y eso me producía una sensación de paz que sólo entonces experimentaba.

Ni mi recámara ni la de mi madre existen ya. La de mi madre desapareció con su muerte convertida en una pequeña capilla. La mía pasó a ser, después de que me casé, el salón de estudios de un sobrino que se fue a vivir a Las Flores cuando su madre se volvió a casar. Actualmente, la parte alta de la casa la ocupa el dormitorio de mi padre y la pequeña biblioteca personal donde pasó sus últimos años. No me había atrevido a subir desde que murió, pero mi determinación de llevarme recuerdos frescos a Shikoku para rumiarlos a la sombra de los monasterios me dio la fuerza que necesitaba.

Apenas pisé el último peldaño de la escalera que comunica el vestíbulo de entrada con el segundo piso, el olor de mi padre me salió al encuentro. No se había ido del todo. Los libros que dejó pendientes —*Churchill* de Martín Gilbert, *Dutch* de Edmund Morris y *Pancho Villa* de Frederich Katz— estaban esperándolo en su biblioteca cuidadosamente colocados, uno encima del otro, sobre la mesita del *reposit*. Lo mismo ocurría con la cobija de estambres de colores vivos que se ponía sobre las piernas cuando, sentado en el sillón de cuero, veía a Jorge Berry decir las noticias. Sólo la ausencia del tanque de oxígeno hacía sospechar que tal vez no regresaría. Crucé de prisa la recámara con los ojos cerrados. Necesitaba tiempo, unos cuantos minutos más aunque fuera, para ver, sin desfallecer, la cama en que murió mi padre. Entré rápidamente al vestidor, el único

cuarto de la casa que sobrevivió intacto a las remodelaciones. Sobre la repisa encontré su gastada agenda directorio y una estampa de la Virgen del Perpetuo Socorro de mi madre que él rescató de su bolsa cuando murió. En el cajoncito, su clip para el dinero con tres billetes de cien pesos y la tarjeta de crédito; tres pares de mancuernillas y un reloj. Debajo de la repisa, el bote de basura que tantas veces volteé al revés para sentarme encima y acompañarlo a cambiarse de ropa.

Volví a entrar a la recámara. Esta segunda vez, con los ojos abiertos. La cama donde murió mi padre se había ido. ¿Cómo pude olvidarme? Era una cama de hospital que mis hermanas y yo alquilamos cuando ya casi no podía moverse y la devolvimos cuando fue innecesaria. La usó menos de una semana. La suya, la de siempre, en la que durmió durante su viudez, ocupaba ahora su sitio. Ahí estaba, cubierta por la colcha de parches que le hice unas navidades, debajo del tapiz de Goya que le regaló su amigo Álvaro. En frente, la mesita de marquetería poblana donde cenó cuando ya no pudo bajar al comedor, esperando sin prisa que llegara Armando, el eterno mesero, con la charola de los alimentos.

De pronto, cuando estaba a punto de marcharme, recordé a mi padre viéndome como me vio la última vez. Tengo miedo de olvidar esa mirada. Ocurrió horas antes de que él muriera mientras le decía cuando pensé que se quedaría dormido: “Que mañana despiertes donde quieras despertar”. No sabía entonces que era la última vez que me miraría. ¿Habrán contribuido mis palabras a que lo fuera? ¿a que abandonara por fin esa lucha feroz que entabló al nacer contra su destino humano? ¿a que renunciara a un mundo que lo sedujo y mimó durante noventa años? Salí llevándome conmigo sólo esa última mirada. La colcha, el clip y todo lo demás habían cumplido su misión. La mirada tenía todavía una tarea pendiente: comunicarme las palabras silenciosas que por su conducto me legó mi padre la víspera de su muerte. Entonces no pude escucharlas. Estaba demasiado asustada. Ahora podía hacerlo y no la dejaría ir hasta que me las dijera.

## SEXTA ESTACIÓN

¿De dónde surgió esta necesidad de marcar mi entrada a la vejez recorriendo los monasterios de Shikoku?, fue la pregunta que me asaltó al meterme a la boca el primer *sushi* en el avión de *Japan Airlines*. Nadie de mi familia había hecho un viaje semejante. A mi madre el destino no le deparó una vida lo suficientemente larga para plantárselo y a mi padre, su permanente agitación apenas le permitió registrar la ancianidad. Mi hermana Lupe tal vez se animaría debido a su obstinado interés en la religión. Pero el deterioro no toca a su puerta todavía porque es varios años menor que yo y no sé si llegado el momento su arraigo católico le permitirá embarcarse en un peregrinaje budista.

Entre mis amistades, el tema del envejecimiento es un tabú; algo de lo que no se habla porque la cirugía plástica lo margina de las conversaciones. De unas décadas para acá, las operaciones cosméticas se han convertido en las cómplices idóneas para negar el paso del tiempo. Las horas de chismorreos se dedican a glorificar los *milagrosos* efectos “casi milagrosos” de estas intervenciones en el rejuvenecimiento físico y los escenarios fantasiosos y banales opacan los encantos de la vejez.

La decisión de un peregrinaje para marcar la última etapa de mi vida resulta también paradójica porque el tiempo ha sido bondadoso conmigo. Las pieles arrugadas no pertenecen a mi familia y basta un enjuague de pelo para disimular las canas que sí son parte de mi herencia. Mi vida conserva el ritmo de más de doce horas de actividad diaria que he llevado desde hace décadas sin que mi cuerpo proteste, y las medidas de mi abdomen y caderas han cambiado poco con los años. Lo sé porque tengo aversión a las compras y todavía uso faldas y pantalones que adquirí hace mucho. Con cierta

dosis de negación, y una que otra operación estética, bien podría haberme inventado que una hada madrina estaba deteniendo el tiempo para evitarme la pena de envejecer. Pero decidí que mi lote es otro y mi destino no está en el glamour o en las pretensiones que he probado hasta el empacho porque tiene que ver con anhelos de otra tesitura. Quiero vivirme vieja. Quiero hacer valer los rasgos faciales que me han forjado los años y experimentar el mundo desde el rincón de esta nueva etapa de mi vida porque el de la juventud lo conozco de memoria. Quiero buscar el amor, como hasta ahora, y si algo he aprendido en estos años es que no es monopolio de cuerpos bellos o rostros angelicales. Quiero, sobre todo, acercarme a Dios para ver si acaso puedo mirar su rostro y para esta tarea necesito todo el tiempo de que dispongo. Por eso no puedo ocuparlo en actividades insulsas, disfraces ridículos o dolorosas cirugías que me hagan creer que la vida no cambia ni yo tampoco. Fue de casualidad y en la forma de un libro como descubrí una manera singular de sellar esta decisión.

Vi a varias amigas de mi madre desmoronarse con la menopausia y la experiencia me hizo anticipar con terror esta etapa de la vida. Me dolía ver a mujeres que habían sido muy hermosas envejecer prematuramente y convertirse en seres deprimidos que sólo generosas dosis de antidepresivos o de alcohol sacaban de la cama. Perseguida por estas imágenes que el tiempo no logró desvanecer, busqué con ansias un antídoto que conjurara los devastadores efectos del climaterio en cuanto lo vi acercarse. Me lo proporcionó el testimonio autobiográfico de una norteamericana, cuyo nombre no recuerdo, llamado *Viaje a través de la menopausia*. Narra una aventura a Grecia y a la India de una maestra en filosofía que lo emprende acompañada de uno de sus estudiantes cuando se da cuenta que el fin de sus menstruaciones está próximo y no quiere que la transición pase inadvertida. Durante una pausada visita a las islas griegas y los monasterios tibetanos, esta mujer visualiza la pérdida inminente de su atractivo para los hombres en el espejo de su joven acompañante cuya indiferencia sexual hacia ella la sorprende primero, luego la irrita y finalmente la ubica en su realidad de mujer madura, casi vieja. Al terminar el viaje, un año después, su menstruación se

ha ido calladamente y ella ha exorcizado los fantasmas más temidos del climaterio. Ha descubierto nuevas posibilidades de estar en el mundo sin la frescura de los veinticinco años pues se disfrutó escalando montañas, nadando y planeado sus próximos cursos. Logró también entablar una relación más allá de la sexualidad con el joven estudiante y, en vez de temor, la vejez empezó a despertarle curiosidad.

No estaba en la agenda de mi vida viajar a Grecia y a la India para conmemorar mis últimas menstruaciones porque me tocó en suerte sortear esta etapa enamorándome como adolescente de un hombre del que ahora no recuerdo ni el color de los ojos. Los mismos doce meses que le llevó a la filósofa de *Viaje a través de la menopausia* aceptar que su estudiante no la deseaba con pasión, yo tardé en aceptar que este hombre de ojos olvidables nunca me correspondería. El mismo lapso tardaron en retirarse mis menstruaciones sin que yo me diera cuenta porque, como la norteamericana, estaba demasiado ocupada en digerir el desamor para registrar su partida. Pero la semilla de un viaje ritual en aras de conjurar los sufrimiento de la transiciones críticas estaba sembrada. Tardaría diez años en germinar, se llamaría Shikoku y cobraría la forma de un peregrinaje anticipando mi vejez.

Un peregrinaje supone alejarse de todo para escuchar los lamentos del propio corazón, que son las preguntas más íntimas y las más universales. Tiene como meta buscarles a estas interrogantes respuestas personales. Un peregrinaje puede llevarnos al otro extremo del mundo o al patio trasero de nuestra casa porque lo importante no es la distancia que se recorre sino el viaje interior que lo acompaña. Todos los peregrinajes tienen algo de sagrado pero algunos asumen, además, finalidades específicas. El de Lourdes, por ejemplo, es para pedir la cura de enfermedades; el de Shikoku, para anticipar la vejez.

Durante siglos, los peregrinos entrados en años circundaban a pie la isla de Shikoku, visitando sus monasterios de día y durmiendo por las noches en pequeñas posadas a lo largo de la ruta. Además de la comida, los posaderos les ofrecían una linterna para iluminar el camino que era húmedo y escabroso. Deben haber sido un espectáculo

maravilloso aquellos viejos encorvados atravesando los campos como si fueran luciérnagas; debe haber sido hasta sobrecogedor descubrirlos en medio de los bosques, en la cima de las montañas o a lo largo de las costas, vestidos de blanco y recitando los *sutras* preparándose a morir aunque no estuvieran enfermos.

La luz eléctrica ha vuelto innecesarias las linternas; pero todavía se necesitan guías para peregrinar en Shikoku porque la finalidad no ha cambiado y la tarea de ver la muerte de frente nunca es placentera. Para iluminar el peregrinaje y sortear las dificultades, yo traía conmigo unas herramientas que supuestamente me permitirían exprimir la experiencia: la consigna de los aventureros medioevales de pasar de largo todo lo que no se ame, y tres recomendaciones: viajar despacio; reverenciar los encuentros del camino y mirar, mirar y mirar hasta llegar a la esencia de lo mirado. ¿Podría hacer a un lado mis prisas para cumplir con ellas?

El vuelo a Osaka fue sobre todo sigiloso. La mayoría de los pasajeros eran japoneses y los hombres y mujeres de esta raza ni son ruidosos ni entablan conversación con desconocidas. Ya desde el comienzo se hacían evidentes las dos dimensiones que debía explorar: la soledad y el silencio.

## SÉPTIMA ESTACIÓN

El primer ritual del peregrinaje consiste en comprar el uniforme. Pasé a la tienda del Ryosen-ji que es el primer monasterio del circuito. En los estantes había todo lo que necesitaba: las camisetas y los pantalones blancos con inscripciones japonesas; los sombreros de rafia a la mandarín; los bastones enfundados en capuchas rojas y coronados de cascabeles; las velas; las libretas de pasta dura con los nombres de los monasterios que el prior debe sellar con tinta roja en cuanto se termina la visita; las hojitas blancas rectangulares para anotar la fecha del día, la del propio nacimiento y una petición al Buda. Bastaba con extender el brazo, tomar lo necesario y llevarlo a la caja para iniciar la aventura. Pero aún no había cumplido con todos los prolegómenos que yo me había impuesto como ir a visitar la iglesia donde se casaron mis padres, ni siquiera terminé de leer el libro sobre Japón que me regaló la amiga de Laura. En estas condiciones, el peregrinaje que marcará el parteaguas más importante de mi vida no será perfecto, pensé con tristeza.

No fue en la tienda del Ryosen-ji la primera vez que ese amargo pensamiento me cruzó por la cabeza. Tampoco cuando llegué a Shikoku y me di cuenta que para completar las ochentaiocho visitas necesitaba sesenta días y yo apenas disponía de seis. Ya desde mi llegada a Osaka tuve que admitir que traía un pesado bagaje de vicios que entorpecerían el peregrinaje pues dediqué toda una tarde a buscar un estuche de tubos eléctricos en vez de meditar o escribir como correspondía a mi sagrada misión. ¿Por qué no recorrer los monasterios con el pelo lavado? ¿Para qué enchinármelo? ¿Por qué convertir una banalidad en tarea prioritaria? ¿Me boicoteaba nuevamente?

Mi vida ha estado plagada de conductas paradójicas. Con dema-



siada frecuencia pospongo actividades concebidas con entusiasmo para ir a comprar “tubos eléctricos”. A pesar de mis buenos propósitos, suelo buscar el amor por caminos donde la complacencia y los estereotipos de belleza son requisitos indispensables. Mi afán de satisfacerlos se ha alimentado de tiempo. Decenas de novelas, tesis, reflexiones y charlas esperan apretujadas a que yo me decida a “op-  
tar por mí sin concesiones”, como dice mi sabio psicoanalista. Espacios de risa espontánea, de música y de baile me atienden también. Es verdad que mi rendición nunca ha sido total. El afán de ser una hija a la medida de mi padre y una esposa a la medida de mi marido no impidió que me diera tiempo para escribir algo de mi propio texto. Pero, aún así, la costumbre de complacer me ha ido desgastando. Estoy enajenada de mi cuerpo. Desconozco mis gustos...

Extranjero, deja pasar lo que no amas, susurraba a los paseantes un ermitaño al lado del camino. Decidí viajar sola y adoptar la sentencia como lema para no hacer concesiones. Quería que mi tiempo y mis estados de ánimo me pertenecieran por completo durante todo el viaje. Mis esfuerzos dedicados a cumplir con expectativas ajenas sin más objetivo que el de alcanzar su amor, habían sido muy poco exitosos. Estaba decidida a explorar otras veredas con la esperanza de que condujeran a praderas más verdes. Pero habían sido sólo deseos. Las cadenas que me atan a los convencionalismos y a mi herencia están hechas de hábitos y yo desestimé su tozudez. Fui pretenciosa al pensar que se romperían sólo con peregrinar en tierra extraña.

Estaba ya en Shikoku y llevaba demasiado tiempo paralizada frente a la estantería de la tienda del Ryosen-ji, atormentada por mis demonios. Una japonesa diminuta que debía de tener más de cien años, me veía con curiosidad. Sus ojos, teñidos de sabiduría oriental, y un aroma a cedro proveniente, tal vez, de una escultura de Buda muy bella, me devolvieron a la realidad. Tomé del aparador un pantalón y una camiseta que parecían de mi talla. Con más cuidado escogí una libreta de pasta roja, una caja de tamaño mediano, con las velas y los papeles, y un bastón que al tintinear, en seguida me indicó que había elegido el báculo que me correspondía. Al llegar a la registradora me ofrecieron un sombrero de rafia que

decidí no comprar y un saco blanco con los emblemas de todos los monasterios impresos en negro, donde se estampan también sellos, para usarlo sobre la camiseta. Lo agregué a la demás mercancía junto con una hoja que descubrí en el mostrador con los diez mandamientos budistas que deben observarse durante el peregrinaje:

- No matar
- No robar
- No cometer adulterio
- No mentir
- No emplear lenguaje demasiado florido
- No hablar mal de los demás
- No hablar en lenguaje engañoso
- No ser codicioso
- No enojarse
- No ser perverso

Nada de amar a Dios o de no jurar su santo nombre en vano. Nada tampoco de santificar sus fiestas. La divinidad de estos lares no demanda pleitesía como mi Dios. El amor a los otros, padres e hijos incluidos, tampoco forman parte de las obligaciones que me encomendaba el Buda así es que yo tenía la libertad total para ocuparme sólo de mí sin sentir ninguna culpa. Aún así, se me ocurrió que los mandamientos que yo necesitaba para reorientar mi vida iban más en la línea de no comprar tubos calientes cuando estaba a punto de iniciar una misión sagrada que con cumplir cualquiera de los deberes que acababa de leer. Para esa primera visita decidí utilizar sólo el bastón, además de las velas y las hojas que eran indispensables. Después de todo, mi peregrinaje ya no sería perfecto.

## OCTAVA ESTACIÓN

El Ryosen-ji estaba casi desierto. Las estaciones para peregrinar en Shikoku son la primavera y el otoño y estábamos en verano. La temperatura era de casi cuarenta grados centígrados. Stella, mi guía japonesa, se secaba continuamente la frente con una pequeña toalla desgastada. Al principio, el gesto me pareció vulgar. ¿Cómo podía alguien andar por la calle con un trapo para baño frotándose la cara? me pregunté con una actitud vergonzosamente clasista que puso en entredicho, sin misericordia, una auto imagen de persona democrática que yo me había forjado, por lo visto, sin ningún fundamento sólido. A los pocos minutos de caminar por el vestíbulo principal del templo y sentir las pegajosas gotas de sudor deslizarse sobre mi frente, eché por tierra mis prejuicios y deseé haber traído, yo también, una toalla como la de Stella.

Al estacionarnos frente al Ryosen-ji, una amplia explanada cubierta de piedrecillas al estilo de los jardines zen, había sustituido a los húmedos cultivos de arroz que nos acompañaron durante el trayecto de la ciudad de Tokushima —donde aterrizó el avión de Osaka— a la de Naruto, donde se encuentra el templo. El calor era en verdad atroz. Sin embargo, en cuanto levanté la cabeza en el patio y descubrí, a unos cien metros de distancia, las sencillas construcciones inclinadas a dos y tres techos cubiertas de pizarra muy negra, rodeadas de pinos y sembradas de estatuillas de piedra, empecé a caminar bajo el sol refulgente con la celeridad y el entusiasmo de quien va al encuentro de un destino brillante.

Puse agua en mis manos y en los labios para purificarme, como corresponde al rito antes de dirigirme al campanario del templo principal. Me detuve unos segundos bajo la torre de madera para admirar unas estatuillas de piedra enanas y rechonchas cubiertas

de baberos blancos ribeteados de listones de colores que celebran a los niños, según Stella. Luego tiré de la cuerda. El sonido grave de la campana inundó la atmósfera anunciándome que los anhelos de mi sexta década estaban llegando al cielo. Cuando dejé de percibir las vibraciones, supe que podía iniciar en paz mi peregrinaje porque contaba ya con la bendición del Buda.

Olía a incienso, a pesar de que sólo unas cuantas maderitas se consumían enterradas en las cenizas del receptáculo colocado para ese propósito al pie de las escaleras que conducen a la habitación central del templo. Encendí las tres que me correspondían. Vi el humo elevarse en toda suerte de figuras evanescentes desde la punta candente de mis maderitas y me dispuse a ofrecer respetos al Buda. Me acerqué a su habitación intentando a fuerza de pensamientos trascender las formalidades del ritual para penetrar su significado profundo fiel a mi eterna afición de ir siempre más allá de lo visible que yo consideraba sólo una sombra de lo real, de lo verdaderamente trascendente. Caminé consciente del bastón de cedro con capucha roja que apretaba mi mano derecha. La tradición lo bautizó como *Do Go Ni Nin*, que en castellano significa dos que viajan juntos. Representa a Kobo Daishi, el inspirador del circuito de Shikoku, quien de esa manera funge como fiel acompañante de los peregrinos en el recorrido.

La magnífica escultura de Shakuson, el Buda histórico a quien está dedicado este templo estaba rodeada de luces colocadas en varios desniveles y hoy no sabría decir si eran luces eléctricas o veladoras de cera. Ocupaba el centro de una pagoda y podía verse, vestida de sombras, de frente y desde sus dos costados. De caoba muy oscura y unos tres metros de alto y dos de diámetro, fue tallada por el propio Kobo Daishi mientras buscaba inspiración y me hizo recordar a aquella maestra de secundaria que nos inculcó el hábito de tener siempre alguna manualidad que nos ocupara; decía que eso ayudaba a purificar el alma y eso bastó para que yo asumiera la tarea como si en ella se me fuera la vida. Tejé chambritas y chales cuando me embaracé. Recuerdo especialmente uno de color azul que debía medir casi un metro cuadrado y que igual servía de cobertor de cuna que para envolver a mis hijo si hacía demasiado frío. Bordé

sábanas de popelina con las iniciales de la familia. Tejé guantes y aprendí a hacer camisones ribeteados de smog. Aprendí pintura sumie.

La escultura de Shakuson es una de las pocas *henzo*, imágenes principales, visibles del peregrinaje de Shikoku. La mayoría están guardadas en armarios por considerarse demasiado sagradas para ser vistas por todos. El Buda histórico, sentado en postura de loto con las manos descansando sobre las rodillas y los dedos índice y pulgar unidos para cerrar la corriente de energía del cuerpo, irradiaba un aura más sabia y compasiva que la de otros Budas que yo conocía. Su tercer ojo, una protuberancia en forma de flama en medio de la frente me remitió al maestro Ejo Takata. Recordé los amaneceres invertidos meditando, con él como guía, en un salón en penumbras del Colegio de México saturado de escritorios y me puse a rastrear los orígenes de mi adhesión al budismo mientras caminaba alrededor de la escultura, a paso lento, sabiendo que no procedía pensar sino más bien ahuyentar los pensamientos. Pero el pasado había ya deglutido a mi presente y éste fue desvaneciéndose hasta desaparecer porque, como en un sinfín de ocasiones anteriores, había sido incapaz de infundirle vida.

Si alguien me hubiera dicho a los diez o doce años de edad que mi práctica espiritual incorporaría otras creencias religiosas además del catolicismo, le habría dado un puñetazo. Así de ardiente era mi convicción religiosa después de varios años en un colegio de monjas cuyas enseñanzas asimilé a partir de un temperamento obediente y una genuina creencia en Dios que es casi lo único que conservo de aquella época aunque su actual definición recuerde apenas su origen.

Por muchos años cumplí los rituales católicos con exclusión de aquellos no avalados por la Iglesia y con mucha más precisión que este peregrinaje. Hoy puedo echar el *I Ching* por la mañana, visitar un templo budista por la tarde y leer la Biblia por la noche sin sentirme traidora o blasfema. Y cuando me ha seducido un libro sobre el islamismo o los sufis me he entregado a su lectura sin el menor escrúpulo. De ahí que el peregrinaje a Shikoku y las visitas a los

monasterios budistas no estuvieran reñidos con mi autodefinición esencialmente católica.

El Ryosen-ji no deja de ser un templo demasiado pequeño y sencillo teniendo en cuenta que lleva la carga de muchos inicios pues de aquí parten la mayoría de los peregrinos que recorren el circuito de Shikoku. Consta sólo de un *hondo*, vestíbulo principal que comparten la tienda y el área de veneración y su única característica sobresaliente es la elaborada rejilla de tallos de bambú que sostiene los pinos decorativos que lo rodea. Fue construido alrededor del año 700 d.c. por órdenes del Emperador Shomu donde había estado la ermita de Gyogi, el primer gran *kanjin hijiri*, porque deseaba una figura prominente del budismo para realzar su reinado. Arquitectónicamente, el Ryosen-ji es un buen indicio de lo que nos espera en nuestro recorrido: una serie de templos tan poco pretenciosos como casi todo en este país; sólo difieren del resto de los muchos templos que pueblan los barrios, en que se les asocia a Kobo Daishi. Antes de salir, pasé al lado de un estanque donde decenas de carpas nadaban en torno a una estatua del Kobo Daishi bendiciendo a los niños y, después de escuchar la campana del sacerdote deseándome salud durante el recorrido, fui a buscar el coche.

El camino hacia el Anraku-ji, el segundo de los templos que visité y el treintavo en orden del circuito, está saturado de ninfas, unas flores de color rosa casi transparente, sagradas para los budistas, que crecen en lodazales y se abren al menor sonido. Al verlas pensé que eran flores de loto pero luego recordé que éstas son blancas y de mayor tamaño. Los tallos de loto son considerados manjares por los japoneses pero a mí nunca me han gustado aunque me parece fascinante descubrirlos en el plato por su forma de estrella calada, realmente muy bella. Cuando planeé el peregrinaje a Shikoku contemplé la posibilidad de comer en los monasterios, pero al llegar a la isla me enteré que este servicio sólo opera en primavera y en otoño. Sería otro de los muchos rituales que me eludirían en este viaje que a medida que avanzaba se perfilaba menos perfecto.

## NOVENA ESTACIÓN

El peregrinaje a Shikoku celebra la memoria del sacerdote Kobo Daishi, fundador de una secta budista conocida como Budismo *Shingon* que quiere decir “palabra verdadera”. Llevo años de lecturas budistas y nunca había visto este nombre. Cuando lo descubrí, en el libro sobre peregrinajes que me regaló la amiga de Laura antes del viaje a Japón, tuve que reconocer, con una honestidad entintada de vergüenza, que no paso de ser una mera aficionada al budismo como a tantas otras asignaturas que me han seducido durante mi vida.

La biblioteca de mi casa incluye textos sobre casi todos los temas imaginables, aunque no puedo negar el predominio de la filosofía, el psicoanálisis, las religiones y la teología. Si alguien saca algún libro al azar, igual puede descubrir que tiene entre las manos uno sobre Nietzsche —mi filósofo favorito aunque sólo sepa de él tan poco como sé de budismo— que uno de matemáticas o de fabricación de pan, de cultivo de violetas africanas o la vida amorosa de los animales. Estoy demasiado consciente de mi dificultad para romper cualquier hábito o rutina que adopto pero, aún así, espero un día decirle orgulosamente no a algún texto que toque a mi puerta con el maduro argumento de que tengo otras lecturas pendientes.

Lo más dramático es que la tendencia a la dispersión ha invadido otras áreas de mi vida. La agenda, para dar un ejemplo, está siempre tapizada de citas inconexas que van desde una visita al doctor Aramoni, mi psicoanalista, una clase de caligrafía, un seminario de tesis, premios a mujeres que se atreven a contar su historia o reuniones con el personal de una fábrica de tamales. Sin embargo, no necesito hacer demasiada memoria para decir con certeza que la astronomía fue mi primera inquietud seria, aunque hoy sé que los

motivos de que lo fuera tuvieron que ver más con un interés en la divinidad, como yo la concebía entonces, que con escudriñar el firmamento.

De todas las materias que cursé en el Bachillerato, la religión fue siempre mi preferida y yo cumplía las normas casi al pie de la letra. Por increíble que parezca, no recuerdo haber desobedecido a mis padres o haberles dicho mentiras. Reprendía a mis hermanas cuando leían las aventuras de Tarzán con el argumento de que era una historia pecaminosa porque el hombre mono no estaba unido a Jane por la iglesia y sobra decir que ni un beso le di a un hombre antes de casarme. Mi mayor deseo era acercarme a mi Creador, las maestras decían que el camino era la castidad absoluta y a él me aboqué sin vacilar con toda la fuerza de mi adolescencia. Pero después de algún tiempo de recorrerlo sin haber visto siquiera la sombra de Dios, decidí incursionar por otras veredas para ver si por ahí andaba y volví la mirada hacia la astronomía. ¿Acaso no había sido precisamente a los cielos que el hijo de Dios subió en cuerpo y alma después de su resurrección?

Durante varios años albergué la esperanza de adoptar la astronomía como profesión de vida, pero bastó que el mismo día que se lo comuniqué a mi padre él sugiriera que debía estudiar administración de empresas, sin darse por enterado de lo que acababa de decirle, para que redirigiera mi atención hacia un campo de estudios que, a decir verdad, siempre me pareció desabrido. No obstante, desde el primer día de clases en la Universidad Iberoamericana me volqué en las finanzas y en la contabilidad con una entrega que cualquiera habría confundido con una afición profunda. Esta etapa culminó en una tesis que mereció mención honorífica y hasta la fecha, a pesar de que mi indiferencia por la administración de empresas persiste, nunca he dejado de ejercerla. Me llevó décadas de sesiones psicoanalíticas pastoreada por la infinita paciencia del doctor Aramoni descubrir lo que seguramente fue siempre evidente para los que me conocen: el secreto de mi contradicción laboral se relaciona con mi padre. Pero el conocimiento no basta y desde hace años estoy en espera de una iluminación que me lleve a vivenciarlo y de ahí, en parte, este viaje que pretende saldar cuentas de mi pasado.



Jugueteaba con estos pensamientos en alguna región atemporal de mi mente cuando el sonido de la campana del Anraku-ji, que yo había tocado de manera mecánica, me devolvió al presente. Me disponía a encender mis maderitas para colocarlas en el incensario cuando reparé en uno de los pocos peregrinos que, como yo, se había aventurado a viajar en verano y estaba teniendo que soportar las altísimas temperaturas amén del riesgo de una prematura llegada del monzón. Era un joven de unos veinticinco años, probablemente norteamericano, de pelo enmarañado de color rojizo y mejillas a juego. Vestía de blanco y tenía un paliacate amarrado al cuello. Seguramente había llegado al templo después que yo pues comenzaba a purificarse. Me irritó ver que un gesto que yo realizaba en unos cuantos segundos, él lo revestía de una solemne lentitud similar a la del sacerdote católico que consagra las especias en la misa creyendo firmemente en la transubstanciación. Era hasta alucinante observarlo escoger, de entre los cinco o seis que descansaban al borde de la pileta, un cucharón de madera para llevarse agua a la boca y enjuagarse los dedos. ¿Qué tanto pueden variar uno del otro? me pregunté recordando que, hacía menos de cinco minutos, yo había elegido el que, como dicen, se me puso enfrente. Mi eterna fidelidad al pragmatismo, a la velocidad y a la eficacia había definido otro más de mi actos. ¿Dónde y en qué momentos se manifiesta entonces esa “reverencia por la vida” de Albert Schweitzer que alguna vez me juré adoptar como lema existencial? Esta era una pregunta que no podría responder.

El joven norteamericano estaba acompañado de una japonesa de tez muy blanca y cabello teñido que le llegaba a la cintura. Mientras él cumplía con el ritual de la purificación, ella se sacaba uno de los tenis para sobarse el pie sentada al borde de la pileta. Dos bastones empolvados descansaban en el piso encima de dos mochilas color caqui a punto de explotar. Seguramente el joven norteamericano y la chica japonesa habían llegado caminando al Anraku-ji y, aunque no está demasiado alejado del Jiso-ji, quinto templo del circuito, el recorrido debió tomarles varias horas. Sus rostros reflejaban el cansancio propio de quienes deciden llevar a cabo sus cruzadas sagradas sin recurrir a los artefactos modernos y, al verlos, no pude

menos de sentir envidia. No en balde recomiendan que el esfuerzo físico forme parte de cualquier peregrinaje.

Yo peregrinaba en un coche refrigerado, guiado por un chofer de guantes blancos, exclusivo para mí y para Stella. Así como Stella se encargaba de pedir nuestra comida en los restaurantes y me llevaba casi de la mano a cumplir con las ceremonias, la función del chofer era recogerme en el aeropuerto de Tokushima y conducirme por toda la isla para que yo no caminara más metros que los precisos trasladándome a pie de los portones a los templetos porque ahí los coches estaban vedados. Por un instante pensé que semejante conducta podría pretextar mi edad o la falta de tiempo, pero en seguida reconocí que nunca me he aventurado desprovista de todas estas muletas que si bien facilitan la vida también la encubren. Me di cuenta, además, que desde hacía varios minutos me encontraba, otra vez, en el reino de las abstracciones y que el presente estaba eludiéndome de nuevo.

Sacudí la cabeza como si quisiera desprenderme de mis pensamientos y me dirigí al receptáculo para colocar el incienso. Luego saqué del bolso dos tiras de papel inscritas en japonés en las que debía consignar al frente: nombre, fecha de nacimiento y fecha del día y, al reverso: la petición del peregrinaje. Escribí sin vacilar en cada tira: *Amparo Espinosa Rugarcía; treinta de abril de mil novecientos cuarenta y uno. Quince de julio del dos mil dos. Transitar con sabiduría de la madurez a la vejez.* Doblé las tiras y deposité una en la urna del patrón del templo y la otra a los pies del Buda.

## DÉCIMA ESTACIÓN

Las visitas de los templos de Shikoku terminaban a las seis o seis y media de la tarde y a esa hora Stella siempre insistía en que cenáramos juntas. A mí me urgía llegar a mi habitación y quitarme los zapatos, bañarme y ponerme en kimono para cumplir con las tareas íntimas del peregrinaje y pretextaba que debía preparar mis artículos para el periódico. Podría decir que disfrazaba la realidad para no herir los sentimientos de Stella pero mentiría. Sé que habría entendido que, después de viajar miles de kilómetros para entrar en contacto conmigo misma, buscara la soledad. No. La razón tiene que ver con mi obstinada resistencia a considerar éticamente válidas actividades que no tienen que ver con ganar dinero. Decirle a Stella la verdad, que no la acompañaría porque me urgía poner por escrito mis experiencias del día, leer la Biblia y transcribir en caligrafía reflexiones sobre algún párrafo que llamara mi atención, simplemente por placer, era impensable para mí. ¿No se trataba acaso de tareas marginales propias de seres ociosos incapaces de contribuir con algo tangible al bienestar de la humanidad, como tal vez diría mi padre? ¿No eran, al fin, actividades insulsas?

Paradójicamente, han sido estas tareas las que han deleitado mi alma. A ellas me había prometido abocarme mientras durara el peregrinaje. Era un primer intento de responder a un llamado que, a pesar de su persistencia en el tiempo, yo había atendido, hasta entonces, sólo esporádicamente y casi a escondidas de mi conciencia. Que hubiera flaqueado saliendo disparada a comprar unos tubos eléctricos era ya pecado suficiente; no estaba dispuesta a permitirme una concesión más que le restara tiempo al cumplimiento de la sagrada misión de peregrinar en Shikoku.

Rendida como estaba después de doce o catorce horas de andar

en carretera, de subir y bajar escalones, tocar campanas, encender velitas y hacer peticiones, bastaba que yo abriera el cuadernillo donde traía fotocopiados los textos bíblicos, para que el cansancio desapareciera y la paz inundara la habitación. Hubo veces en que, cuando esto ocurría, yo ponía el cuadernillo de lado y empezaba a recorrer con la mirada lentamente la habitación para congelar el momento y adentrarme sin prisas en cada uno de sus recovecos. Quería gozar la soledad que me abrazaba antes de sumergirme en la historia de la fe de mis padres; necesitaba dialogar con un silencio preñado de budismo y escuchar cómo me latía el corazón después de repetir incesantemente, delante de los templos durante todo el día, los *sutras*, esas oraciones pequeñas de enorme poder místico que se usan para que la mente conozca su verdadera naturaleza. Estaba en Shikoku para percibir el tenue tintinear de la vida susurrándome los mensajes que me servirían de guía en el último tramo de mi viaje terrenal y necesitaba aquietarme para escucharlo. Debía estar atenta a cada contracción de mis músculos y a cada vibración del espacio, no fuera a escapármeme el destino por no atender a su llamado que suele llegar de puntitas y esconderse en gestos y latidos no espectaculares.

Hacía meses que no detenía mi carrera cotidiana para aventurarme en la rendija del presente. Desde que mi maestro de meditación murió de súbito. Durante casi diez años me levanté a las cuatro y media de la mañana los lunes, los miércoles y los viernes para ir al Colegio de México a sentarme una hora y media en postura de medio loto, concentrada en la respiración y etiquetando mis pensamientos. Habían sido casi diez años de perseguir en vano el instante preciso en que la oscuridad de la noche le cede el sitio a la luz del día; casi diez años de librar, a miradas, batallas furibundas con cualquier compañero de meditación que usurpaba un centímetro cuadrado de lo que yo consideraba *mi* espacio o con cualquier recién llegada que se atrevía a intercambiar sonrisas con amigos que asistían a las sesiones. En esa época descubrí que mi capacidad de irritación no tiene límites y que basta un suspiro ajeno sospechoso para que mi estado de ánimo se voltee de cabeza. Descubrí también que el día y la noche son una y la misma cosa, como todas las

demás dualidades que manejamos los occidentales, y que es inútil y poco práctico pretender diferenciarlas.

Me inicié en el budismo por casualidad, como ocurren todas las cosas importantes. Fue a los pocos meses de divorciarme y a través de un hombre que conocí en una reunión a la que asistí para sumergirme nuevamente en la corriente de la vida. Se llamaba Manuel y también acababa de divorciarse. Deseaba, como yo, desarrollar una espiritualidad y pronto nos hicimos compañeros de aventuras interiores. Manuel trabajaba en El Colegio de México, precisamente, y se movía entre académicos. Un día me invitó a cenar a la casa de unos orientalistas y allí conocimos a Ejo Takata, un reconocido monje budista que pronto se convirtió en nuestro maestro de meditación. Fue mi puerta de entrada al budismo que, desde ese momento, se incorporó sin conflicto a mis inquietudes espirituales. La meditación me condujo a practicar la ceremonia del té; a las lecturas sobre el desapego; a los *koans* y, finalmente, a Shikoku. Estas experiencias me enseñaron que nada hay más milagroso que el momento presente y que ahí debo buscar la voz del destino sin divagar hacia el pasado o el futuro.

Practicar la ceremonia del té con el maestro Higurashi me enfrentó sin misericordia a mi permanente estado de evasión y me hizo una segunda invitación a respirar el hoy como viniera. El universo de este antiguo ritual japonés nacido del budismo zen, pone a prueba nuestra capacidad de vivir en el momento y también el poder de concentración. Para empezar, hay que doblar, mediante una serie de pliegues milimétricos, un pañuelo rojo de veinticinco centímetros cuadrados que se utiliza para limpiar, pasándolo apenas sobre sus superficies, el tazón de cerámica para el té verde y la cucharita de madera. Cualquier desviación pone en peligro la armonía que debe privar durante la ceremonia, así es que hay que hacerlo de manera impecable. Pocas veces, durante los dos o tres años que visité semanalmente al maestro Higurashi, doblé mi pañuelo como correspondía o hice en forma apropiada los demás rituales igualmente delicados y meticulosos. A pesar de mis esfuerzos por atender a sus instrucciones, yo siempre hacía un pliegue de más o uno de menos o me equivocaba de sentido al doblar el pañuelo o ponía los utensilios

fuera de su lugar. Por si esto fuera poco, mis movimientos adolecían de la ligereza de otros alumnos que se arrodillaban y levantaban para servir el té con la flexibilidad de los gatos persas y eso me producía una sensación de torpeza que me impedía actuar con espontaneidad.

Pese a todo, las horas que viví pendiente de no cometer errores y lamentándome de mi falta de concentración son responsables de que haya incorporado en mi día momentos de consciente beatitud terrenal como aquellos. Ahora procuro crear, por ejemplo, momentos mágicos en torno a las comidas con mis hijos e intento, además, estar realmente presente desde que servimos la sopa hasta que nos levantamos de la mesa. No ha sido fácil porque el presente produce vértigo; porque produce tensión. No ha sido fácil porque si bien ilumina el momento revistiéndolo de volumen y otorgándole un ritmo de cámara lenta, también incide certeramente en su impermanencia y esto nos cuesta trabajo aceptar a los humanos que preferimos sentirnos inmortales. No en balde acudimos con frecuencia al pasado o al futuro para tratar de olvidar el presente y en vez de servir el arroz o los huazontles con delicadeza reparando en su textura y color, nos vamos de viaje a cuando éramos niños y nos obligaban a comer coliflor o a cuando seremos viejos y ya no podremos hacerlo más que en forma de puré.

Pero ahora estaba en Shikoku y había venido, a mirar a los ojos el presente que me había diseñado para celebrar mi nueva transición. Estaba viviendo el fin de una etapa de la vida, la nueva nacería pronto y yo quería ejercitarme para estar allí cuando ocurriera el parto. ¿Sería mi pretensión tan ilusa como la de presenciar el nacimiento del día durante la meditación? Por lo pronto debía transcribir en caligrafía los pasajes bíblicos que me correspondían. Nunca había leído la *Biblia* completa y decidí leerla a lo largo de un año. Llevaba ya cuatro meses de hacerlo sin falta cada día y no quería romper el ritmo. Además, la caligrafía era otro de los regalos del budismo y su práctica en el peregrinaje era del todo apropiada. Por eso, cuando me había posesionado del silencio de mi cuarto y les había seguido el ritmo a los latidos de mi corazón el tiempo suficiente como para hacer amistad con ellos, sacaba la pluma caligráfica roja

y la pluma caligráfica negra del estuche de piel color guinda donde acostumbro guardarlas, les quitaba sus tapas y me ponía a escribir: las mayúsculas, los números y los adornos en rojo y las minúsculas en negro.

## UNDÉCIMA ESTACIÓN

Yo cenaba a solas en mi habitación pero compartía las comidas con Stella. A veces íbamos a algún restaurante popular tradicional y le dejaba a ella la responsabilidad de escoger los platillos. No hablo japonés y tampoco conozco la variedad de pescados, verduras y hongos que integran las cocinas de las diferentes regiones de Shikoku y era la única manera de asegurarme que elegiría lo más sabroso y lo más típico. En otras ocasiones, por unos cuantos yenes comíamos en unos restaurantes de moda donde los clientes, sentados alrededor de una banda giratoria, van seleccionando los *sushis* de su preferencia de entre aquellos de atún, salmón o anguila, que los cocineros, ubicados al centro de la banda, preparan a una velocidad extraordinaria. En estos sitios se toma el *sake*, al estilo Kochi, casi hirviendo, en unas copitas con un agujero en la base que debe taparse con el pulgar antes de servir el licor que, de esta manera, se bebe con rapidez para no quemarse el dedo.

Durante el peregrinaje yo tenía hambre casi a todas horas y, además de las comidas, en las surtidas gasolineras, verdaderos centros comerciales en donde nos deteníamos a cargar el tanque entre visita y visita, compraba golosinas japonesas de frijol dulce envueltas en papel de colores pálidos, que son mi debilidad, y me las comía durante el trayecto mirando, por el espejo retrovisor del coche, con disimulo y un tanto avergonzada, las risas socarronas de Stella y del chofer. Sin embargo, deseosa de seguir, al menos en alguna medida, las recomendaciones de moderación que se le hacen a cualquier peregrino, el día en que visitamos el Zentsu-ji, templo construido en el sitio donde nació Kobo Daishi, hice un ayuno parcial y, tal vez por eso, mis recuerdos de este lugar son más precisos que los



de otros, y se encuentran entremezclados, sólo, con episodios en torno a la comida.

No todos reconocen al Zentsu-ji como la cuna del Kobo Daishi. A unos cuantos kilómetros de distancia, muy cerca del mar, hay un *bangai* —templo que no forma parte del circuito de Shikoku pero es visitado en ocasiones por los peregrinos—, conocido como Cai-gan-ji. Este *bangai* también se ostenta como el sitio del nacimiento del Daishi aunque, en la actualidad, consiste sólo de una moderna reja de hierro asfixiada por decenas de departamentos multifamiliares, lo que no deja de ser una pena. Hay quienes afirman que este templo en la playa es el verdadero sitio del nacimiento del Kobo Daishi y esgrimen como argumento que allí las mujeres podían recogerse con facilidad durante los tiempos de su “impureza ritual” o sea durante la menstruación, y las semanas anteriores o posteriores al alumbramiento. Pero el destino quiso que no fuera éste sino el Zentsu-ji el templo que mereciera el honor de ser designado, oficialmente el lugar de nacimiento del Daishi y el que en consecuencia recibiera a la mayoría de los peregrinos. Algunos porque por razones obvias lo consideran el punto cumbre del recorrido y otros, los que sólo cuentan con uno o dos días para hacer el circuito, porque sienten que al visitar este santuario han cumplido esencialmente con su cometido.

El Zentsu-ji es un complejo de construcciones, a diferencia de la mayoría de lo demás templos del recorrido que constan sólo de un templete poco pretencioso para el Buda y otro igualmente modesto para el patrón del lugar. Sin embargo, salvo por uno que otro detalle, no es arquitectónicamente espectacular y sus jardines sólo tienen de especial la tumba donde el Daishi enterró su perro que consiste en una lápida desgastada por los siglos con inscripciones irreconocibles. Como es muy visitado, el Zentsu-ji es un templo muy próspero lo que ha ocasionado que los edificios originales hayan sido sustituidos, desde hace ya varios años, por construcciones nuevas. Es el único templo de todos los que visité donde hay información escrita en inglés. En una inscripción, colocada al lado de una piedra como de tres metros de alto que está a la salida del templo, leí que la piedra

había sido traída por comerciantes de sake para demostrar su devoción Kobo Daishi.

El portón de entrada, una de las pocas sofisticaciones del Zentsu-ji, está tallado en madera con tal delicadeza que parece una filigrana. Conduce a los peregrinos a un patio de unos veinte metros cuadrados íntegramente cubierto de cascajo y rodeado de pasillos que levantan un metro del suelo, sostenidos por pilastras de madera. En una de las esquinas, hay un hoyo en la pared donde, al meter la cabeza, los peregrinos obtienen una visión bidimensional de sí mismos debido a un curioso juego de espejos opacos que no llegué nunca a descifrar. Este inmenso patio está sombreado por pinos y cedros gigantescos. El día que lo visité, era día de mercado y estaba inundado de vendedores de cerámica de la región, mujeres ancianas en su mayoría, de cara amable y ojos diminutos y profundos, que, a diferencia de los vendedores occidentales, sólo ofrecían sus mercancías a quienes mostraban interés.

Debajo del *hondo* —vestíbulo principal—, se encuentra un túnel, oscuro y húmedo, de unos cien metros de largo, de paredes terrosas cubiertas de cal, decoradas con figuras de diferentes Budas que apenas se distinguen entre las sombras. Este túnel celebra el nacimiento del Kobo Daishi y es el punto estelar de la visita. Una tradición advierte que los malvados se quedan atrapados adentro para siempre por lo que no pocos supersticiosos con mala conciencia prefieren quedarse afuera. Yo recorrí el túnel cuidando de no chocar con otros peregrinos. A la mitad, encontré la cueva donde dicen que nació Kobo Daishi. Está supuestamente cubierta de tierra de ocho de los principales templos budistas de la India y se llena de luz en cuanto alguien se acerca. Al mismo tiempo, una grabación repite sin cesar el Sutra del Corazón que yo me sé casi de memoria porque lo rezábamos todos los días durante la meditación. No muy diferente de la historia de la Virgen María es la historia de la madre de Kobo Daishi. De ella se cuenta que una noche vio una bola de fuego caer del cielo en la mitad de su habitación que se transformó en una manifestación del Buda quien le dijo que su hijo, un varón, sería un gran líder. A los nueve meses nació Kobo Daishi.

El Zentsu-ji tiene un *shukubu* —hotel— con doscientas habitaciones pero siempre está completamente lleno por lo que hay que reservar con anticipación si uno quiere quedarse allí y convivir con los monjes. Sentí cierta envidia al ver a los *henros* —peregrinos— instalados en sus recámaras y comencé a preguntarme si algún día me daría tiempo para buscar a Dios sin prisas como parecían estarlo haciendo ellos. Pero antes de que pudiera responderme, esa ansia por la comida de la que nos previene la *Biblia* cuando nos amonesta a no hacer del estómago un Dios, se instaló nuevamente en mí y decidí terminar anticipadamente la visita para ir a una de esas gasolineras que tanto me gustaban y comprar más dulces de frijol.

## DUODÉCIMA ESTACIÓN

La ciudad de Kochi ha sido bendecida con una luz brillantísima que se derrama hasta en las sombras. Se convirtió, desde que la vi, en un marco más para ubicar mis sueños. Se encuentra al sur de la isla de Shikoku, enclavada en la región más atrasada del Japón y, tal vez por eso, sus habitantes conservan una calidez que transmiten a los turistas inclinando la cabeza o esbozándoles sonrisas misteriosas cuando pasan a su lado.

Kochi está rodeada de montañas y las suaves aguas del Pacífico bañan sus costas. Los domingos, días de mercado, se llena de bullicio y de pescados fresquísimos que son atrapados, todavía, mediante redes iluminadas y ondulantes. Los comunes y corrientes llegan a las bandas giratorias de *sushi* y a las fondas de los barrios de la ciudad pocas horas después de haber sido arrancados del agua. Los más raros, encuentran su destino en las mesas de restaurantes exclusivos y costosos.

El *Ryokan* —casa de paseo— de Kochi es uno de los más célebres de Japón. En varias ocasiones ha sido elegido por la familia imperial para hospedarse cuando viaja a Shikoku. A los ojos occidentales se trata sólo de un edificio poco pretencioso de paredes deslavadas, ubicado en la transitada avenida Marunouchi, y puede fácilmente pasar inadvertido. El primer indicio de su regia hospitalidad es un discreto arreglo de dos o tres ramas de cerezo recién cortadas colocado en una esquina del escritorio de recepción. Pero la evidencia de que estamos asomándonos a otra rendija de un mundo donde menos es más y la abundancia se revela a partir de la escasez, aparece cuando la japonesa de edad indefinida y riguroso kimono que nos acompaña al cuarto, abre la puerta a un espacio de pocos metros cuadrados vacío de muebles y pleno de luz.

No tuve necesidad de que me advirtieran que debía quitarme los

zapatos porque sólo descalza me habría atrevido a pisar los immaculados *tatamis* que cubren el piso por completo. En cuanto me quedé sola, mis ropas occidentales comenzaron a estorbarme. Fue como si su presencia en mi cuerpo inhibiera mi asimilación a esta cultura delicada y mesurada que, en un despliegue de generosidad, me manifestaba, en este *ryokan*, otra de sus exquisitas facetas.

Me desvestí velozmente, como si fuera a hacer el amor después de meses de abstinencia y entré desnuda al enorme baño recubierto de cerámica y con fresco olor a pino proveniente de la tarima de tabloques que cubría casi todo el piso. Encendí la regadera con temor. Era la primera vez que me duchaba en un cuarto libre de cancelas y cortinas y mi educación de convento de monjas me pedía pudor. Además, me preocupaba salpicar las paredes o inundar la habitación contigua. Al ver que esto no ocurría, hice a un lado mis resabios infantiles y me enjaboné sintiendo la madera debajo de mis pies y la espuma deslizarse por mis muslos. Cubierta de vapor y a no sé cuántos kilómetros de distancia de mi país, me di cuenta que a mis sesenta años ya no tenía que reportarme a casa. Era otra vez tan libre como puede serlo un ser humano porque la muerte de mi padre y la adulez de mis hijos me habían devuelto la propiedad de mi tiempo.

Al terminar de bañarme me puse la *yukata*, una bata de algodón estampada en color marino que en invierno se complementa con un chaleco grueso que se llama *tanzen*. Los japoneses la usan mientras están en casa y a los huéspedes de los *ryokanes* se les permite caminar vestidos con ella por los pasillos o ir a las aguas termales que forman por lo general parte de sus instalaciones. Esto impide clasificarlos por su ropa y evita protagonismos insustanciales en esta cultura. Disfruté de la licencia hasta saciarme y ni un solo día, de los cinco que permanecí en el *ryokan* de Kochi, usé mis ropas occidentales cuando estaba en el hotel.

Para la cena me preparé con esmero. Me habían advertido que consistiría de un *kaiseki riori*, o menú de varios platillos muy finos, diseñado para mí y no quería ser descortés. Aunque me peiné como acostumbro, me pinté los labios de un rojo muy vivo porque me acordé que mi madre solía decir que para verte arreglada basta con pintarte la boca. A las siete de la noche, treinta minutos antes de la

hora convenida, estaba ya arreglada y en rigurosa *yukata*, transcribiendo mis notas del día y esperando que llegaran la cena y Stella que la compartiría conmigo.

La misma japonesa que me acompañó a mi habitación cuando llegué al hotel —y que también se encargaba de sacar el futon (colchón grueso) del closet, colocarlo en el piso y cubrirlo con un edredón para que yo durmiera—, fue nuestra anfitriona esa noche. Entró puntualmente inclinando la cabeza, vestida como muñeca de vitrina y se deslizó hasta el tokonoma, un nicho que se encuentra en todas las casa japonesas donde se dispone el escueto arreglo floral y se cuelga el rollo de la caligrafía. Con finura y sin hacer ningún ruido, colocó la charola cuadrada de baquelita que traía en las manos sobre el tatami y comenzó a armar la mesa donde cenaríamos integrándola con cuatro mesas pequeñas que sacó del closet y que levantaban apenas veinte centímetros del piso. Luego le puso encima los dos manteles individuales de triplai pintados en tonos verdosos con motivos de mar, los dos recipientes de cerámica de tres centímetros de diámetro y los palillos —*ohashi* que quiere decir puente— que estaban sobre la charola. En seguida nos pidió a Stella y a mí que nos sentáramos en el tatami. Lo hicimos sin esfuerzo, como si estuviéramos acostumbradas a comer en flor de loto en un *ryokan* desde el día de nuestro nacimiento, hipnotizadas por esta mujer de apenas metro y medio de estatura que salió del cuarto flotando después de recoger la charola del piso.

Regresó a los pocos minutos trayendo dos jarritas con salsas que virtió en los recipientes hondos; también *tofu* —queso de soya— a cuadros bañado en vinagre, y dos pequeños platos de cerámica con rebanadas delgadas de un pescado de río llamado *uni* acompañadas de una pizca de *wakame*, o sea de algas, que depositó sobre la mesa. Artísticamente colocados frente a Stella y frente a mí, comida y recipientes parecían minúsculas creaciones artesanales de barro pintadas a mano, similares a aquellas reproducciones de comida típica poblana que venden en las tiendas de dulces y camotes de la calle 6 oriente donde tantas veces compramos mis hermanos y yo cuando visitábamos en navidad a mi abuela paterna. A sugerencia de mi anfitriona, comí primero un cuadrado de *tofu* “para suavizar el estómago”; en

seguida tomé el *uni* y las *wakame* con mis palillos, los sumergí en la salsa y me los llevé a la boca. El hambre me pedía tragármelos sin masticar pero, contagiada por la transparente serenidad del entorno, me contuve sin dificultad.

Una a una fueron llegando de las manos de nuestra anfitriona las demás creaciones culinarias. Uno a uno desfilaron ante nuestros ojos y paladares los *sushis* de arroz vaporoso combinado con *nishin* o arenque, *tara* o hueva de bacalao, *tako* o pulpo, *hungui* o anguila y *ebi* o camarón, confeccionados con destreza y acompañados de *lenkon* o tallos de loto en forma de estrella, de berenjena o de camote. Parecían pequeños ovillos de nieve adornados con hiervas campestres multicolores que milagrosamente cobraban calor al contacto con la boca. Acompañado de un aura de respeto reflejada en la manera como nuestra anfitriona lo sostenía en las manos, que me recordó a un monaguillo que lleva el agua y el vino al sacerdote antes de la consagración, apareció la especialidad del *ryokan*: una preparación de *matsutake*, hongos gigantes de la temporada, y pez globo, un pescado venenoso de toxicidad extrema que requiere de licencia para ofrecerlo al consumo y cuya adecuada preparación exige casi una maestría. Comí primero los hongos de bordes rizados y luego el pez de color azul muy pálido, con la dignidad de quien realiza un acto temerario pero no sin el temor de que al cocinero se le hubiere tergiversado la receta y yo viera el fin de mis días en un *ryokan* de Shikoku. Cuando terminé, estaban ya sobre la mesa los *wagashi* japoneses de frijol dulce que son mi perdición y me dispuse a saborear, lenta, muy lentamente, su insipidez.

Resulta curioso hablar aquí de saborear la insipidez. A simple vista parecería que prefiero lo insulso a lo sabroso cuando se esperaría de una comida tan succulenta como la que acabo de describir precisamente lo contrario. Sin embargo, mis años de práctica de meditación *zen* y de lecturas budistas me enseñaron que se debe trascender el gusto fácil de los extremos para adentrarse en el de la insipidez que los comprende a todos. Que se debe huir de lo dulce o de lo amargo para paladear lo desabrido de platillos como esos dulces de frijol japoneses de apariencia aburrida, colores tenues y olores evanescentes.

Con el maestro Takata aprendí que la percepción de la insipidez exige una manera radical de estar en el mundo más allá de las ideologías o condicionamientos culturales. No implica una búsqueda de nuevos símbolos o una nueva hermenéutica, sino la suspensión de la avidez de sentido, de nuestra necesidad de signos. Para descubrir la fecundidad de lo insípido hay que ingresar en un territorio, muy viejo y también muy vasto, donde la significación es discreta y hasta enrarecida; donde, como dice Francois Julien en su *Elogio de lo insípido*, la existencia está a punto de extinguirse y el silencio penetra a los sonidos.

La cena del *ryokan* de Kochi estuvo pues teñida de una fértil insipidez oriental. Me doy cuenta ahora que nunca antes había en una comida sin prisas ni convencionalismos. Que por primera vez no ansié el siguiente bocado, como acostumbro, porque el que estaba en mi boca se bastó siempre a sí mismo. Desde mi hoy, las no palabras que Stella y yo cruzamos esa noche fueron un poema *zen* que suspendió el momento:

Una japonesa

flexible como un tallo de loto, se hinca sobre el tatami.

Peces que han dejado su nido, brotan del brocado de estrellas del kimono.

El tenue sonido de los palillos recoge el arroz.

Seis décadas de vida, peregrinas en Shikoku,

sonríen con templada curiosidad.



## DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Llegar a la prefectura de Kochi supone dejar atrás la parte más fácil del peregrinaje. Es una de las regiones más silvestres de Japón y aún hoy día, los caminos hacia sus templos son más escabrosos que en las otras prefecturas. Kochi es también famosa por sus peleas de perros y de gallos. Tradicionalmente, los peregrinos debían presentar sus papeles de identificación en el portón de entrada de sus ciudades. Esta costumbre desapareció hace años y ahora la amabilidad de los habitantes, que contrasta con la violencia de sus costumbres, compensa por los inconvenientes de la geografía. De los diecisiete templos que se encuentran en esta prefectura sólo tenía tiempo de visitar uno y elegí el Hotsumisak-ji. Me dijeron que era hermoso y sobre todo, fue testigo del episodio más significativo de la vida de Kobo Daishi.

El Hotsumisak-ji está ubicado en la punta de una colina sobre el Cabo Muroto, un sitio célebre en la literatura japonesa por ser uno de los rincones más salvajes del Japón. Las olas azotan con fuerza los negros pedruscos salpicados de conchas y de corales que hacen las veces de playa y la ausencia de construcciones en los alrededores favorece la soledad. La carretera que lleva al templo parte de esta costa desierta de arena y se recorre en sólo veinte minutos.

A medio camino está la cueva donde el Kobo Daishi alcanzó la iluminación. Es sólo una gruta natural de la montaña, pequeña y húmeda como hay tantas en el mundo, que no debe ser muy visitada porque está cubierta de telarañas. Ciudadana como soy de una sociedad que no ha tomado en serio la advertencia escocesa que nos previene contra la seducción engañosa del glamour; que privilegia las florituras por sobre lo fundamental y engalana hasta episodios banales para que parezcan proezas, me dejé sorprender por

la desnudez. ¿Cómo podía un sitio huérfano de adornos, luces o pinturas ser la cuna de la iluminación de un personaje? Pero después de unos cuantos segundos me di cuenta que en esa cueva discreta y exenta de pretensiones habitaba el espíritu del Daishi; que por haberse mantenido fiel a su propia historia seguía comunicando la esencia de la iluminación. El poder inconmensurable de la naturaleza y la inutilidad de aferrarse a las ilusiones se respiraban ahí en toda su dignidad sin ningún esfuerzo.

Algo similar ocurría en una cueva localizada en los terrenos del Hotsumisak-ji que acoge a las almas de los niños, según dicen. La llaman de los *Vientos giratorios* para conmemorar que allí Kobo Daishi hizo girar al viento sobre sí mismo para aliviar el pesar de la gente de Muroto que padecía sus aullidos de día y de noche. Vacía, como la anterior, de nada que no sean rocas o vegetación, esta cueva conserva el aura agreste que debió tener cuando presencié el milagro de la domesticación del viento. El templo casi la roza y es tan poco dramático y abierto a la intemperie como ella. No sólo el rojo de la pagoda que alberga la estatua del Kobo Diashi conversando con los niños se ha convertido en rosa, sino que todo el entorno da muestra evidente de estarse deteriorando.

Mientras recorría el vestíbulo principal sin más compañía que mi bastón, Basho me vino a la memoria. Este poeta japonés del siglo XVII salió a ver con sus propios ojos lo que otros poetas habían descrito, después de escribir en el ala de su sombrero: *Sin hogar deambulando acompañado sólo por Dios*. Había vendido su casa para financiar sus aventuras y peregrinó desde los veintidós años hasta que murió siendo ya casi un anciano. Alguna vez leí en su diario que registraba los encuentros, los escenarios y las vivencias de los viajes con *haikus*, poemas japoneses de diecisiete sílabas, o con unos cuantos trazos de pinceles. Un pino bifurcado a la mitad bastaba para recordar con finura a un viejo poeta que había escrito sobre un árbol semejante; una piedra horadada por el mar era suficiente para que elogiara con suavidad a los elementos; la contemplación de un viejo monumento justificaba una caminata de cientos de kilómetros a través de áridos parajes.

Yo me había propuesto cultivar la observación en este peregrinaje

porque no quería que se me escapara uno sólo de sus momentos o que me eludiera la vida. Aquí estaba Basho recordándomelo oportunamente al son del constante golpeteo de unas olas japonesas y sugiriéndome la manera de conseguirlo. Debes tener los ojos muy abiertos para descubrir lo sagrado. Si deseas rendirle homenaje a tus experiencias, hacerte las preguntas esenciales y encontrar lo auténtico, registra con atención lo que ves, parecía decirme.

Al terminar la visita del Hotsumisak-ji fui a comer un restaurante familiar de sólo tres mesas. Pedí unos sushis y un sake. A mi lado estaban una mujer y una joven de unos veinticinco años que debía ser su hija. De este sitio sólo recuerdo el calor que hacía y el olor a pescado. También que olvidé mi saco al salir y la mujer me alcanzó corriendo para devolvérmelo.

## DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Cuando llegué a Shikoku constaté que sólo podría visitar unos cuantos templos. Sabía, desde antes de salir de México, que el peregrinaje comprendía la visita a ochentiocho monasterios. Pero nunca imaginé que la distancia entre uno y otro fuera hasta de un día de camino. Tampoco que para llegar a algunos fuera preciso ir a pie porque no había carretera. Aun los más accesibles se encuentran en la cima de montañas escarpadas, sumergidos en las arenas de la isla o esparcidos en las remotas aldeas que Kobo Dashi eligió para su práctica ascética. Hace apenas veinte años que abrieron sus puertas al público.

En un principio pensé que visitando seis o siete monasterios sólo rozaría la experiencia que elegí para marcar el parteaguas final de mi vida y que esto me ubicaba al lado de los fracasados espirituales. Pero revisando en la habitación del hotel unos comentarios del fundador del budismo shingon sobre los sutras, dos días antes de despedirme del Japón, me di cuenta que estaba cayendo en una trampa que suelo tenderme para estropearme la vida y retrocedí antes de que la inercia me arrastrara.

Ni el mundo ni los seres humanos necesitamos más de lo que tenemos en cada momento para estar completos, advierte el maestro. Por alguna razón arcana, este viaje quedaría registrado en el libro de mi historia de esta manera y no de otra. Un recorrido parcial del circuito de Shikoku no implicaba que en aras de un perverso prurito de seudo perfección casi congénito, yo invalidara las vivencias que estaba regalándome el destino. Mi tarea era expresar el trecho recorrido valiéndome de mis sentidos y así lo estaba haciendo: mis ojos traspasaban las paredes de los monasterios y penetraban el interior de las estatuas de Buda. Mi parpadeo acompañaba en su andar a

otros peregrinos. Mis oídos corrían tras los ríos, desentrañaban el ritmo de las oraciones en los templos y rebotaban el trinar de los pájaros y el cacareo de las gallinas; también traducía a melodías el ir y venir de los coches y el murmullo de los japoneses. Mi nariz descifraba los mensajes del incienso y la frescura de los cedros y a mi lengua cataba sin pudor las insipideces de los *sushis*. Mi cuerpo, envuelto en sus holgadas y blanquísimas ropas de peregrino, estaba encargándose de hacer amistad con un calor sofocante que desconocía y un cansancio que tampoco le era demasiado familiar. Mi mente, siempre al centro, absorbía todo esto sin palabras ni pensamientos y sin ninguna motivación ulterior, como no estaba acostumbrada a hacerlo.

Di por terminado el peregrinaje de Shikoku visitando el templo Okunoin donde se encuentra enterrado el Daishi. El camino hasta el portón de entrada, bordeado de cedros, sombrea uno de los cementerios más grandes del Japón ya que la última voluntad de muchos japoneses es que sus cenizas sean enterradas bajo la mirada benévola del fundador del budismo shingon. Un sin fin de lápidas de diferentes tamaños y de estilos tan variados como el chino o el hindú, recién colocadas o que el paso del tiempo ha cubierto de raíces, nos acompañan hasta la cabaña de madera donde yace el cuerpo de Kobo Daishi en una capilla semi escondida detrás de un vestíbulo saturado de lanternas. Encendí los inciensos, toqué la campana y cumplí puntualmente los demás rituales, como en los otros templos. Al tiempo de estampar mi libreta y mi camisa con el sello rojo de costumbre para dejar constancia de la visita, el monje encargado me ofreció una taza de té y un camote asado como si supiera que pronto abandonaría la isla y quisiera marcar la despedida haciéndome un regalo. Me subí al coche saboreando la generosidad y dispuesta a volver al hotel para empacar.

Acababa de cerrar la portezuela cuando Stella me preguntó, sorprendentemente, si se me antojaba hacer un mini peregrinaje en un santuario sintoísta. Podía completarse en menos de una hora y estaríamos en el hotel casi al tiempo previsto. Le había hablado a Stella de mi frustración por no poder visitar los ochentaiocho templos budistas y la sugerencia era su contribución para que el desencanto

fuera menor. Pocas veces en mis viajes he encontrado una guía más eficaz que esta extraña japonesa de cabellos cobrizos y ojos rasgados medio verdosos, por lo que no puedo menos que interpretar su presencia en mi recorrido de Shikoku como un buen augurio para mi vejez.

El sintoísmo es una religión más antigua que el budismo y, en Japón, ambas se practican simultáneamente. Es una religión alegre y optimista revestida de un tinte infantil, característico de los japoneses por extraño que parezca, cuyo meollo es el culto a los *kamis* o fuerzas extraordinarias que inspiran respeto. Existen miríadas de *kamis*. Algunos son personificaciones de elementos de la naturaleza como el fuego, la luz, el viento, las montañas o los ríos. Otros son hombres célebres deificados o héroes mitológicos entre los que sobresale Jimmu Tenno, el fundador de la dinastía imperial. Los kannusi sintoístas, sacerdotes poseedores de los dioses, son los encargados de celebrar los ritos familiares aunque también offician ceremonias como aquella que consiste en ofrecer cada día a Amaterasu, la diosa solar, ocho vasos de agua, un tanto de sal, dieciséis tazas de arroz y frutas, aves, pescados y legumbres en desagravio por faltas que van desde obstaculizar una cosecha de arroz hasta profanar algún cadáver. El sintoísmo está íntimamente ligado con la naturaleza por lo que sus templos suelen estar enclavados en sitios privilegiados por ella. El de Kompira, donde yo realicé el peregrinaje miniatura, no es la excepción.

Ubicado en la cima de una montaña boscosa, el templo de Kompira reta a los peregrinos con mil escalones que deben trepar antes de descubrir la sencilla estructura compuesta sólo de unas cuantas columnas de madera barnizadas de rojo y de otros tantos travesaños del mismo color. Aquí no son ni las tallas de Buda ni las veladoras ni el incienso lo que atrapa a los sentidos sino el olor a pino y la húmeda frescura del ambiente. No son el canto de los monjes lo que nos remonta al infinito, sino el horizonte que nos arroja de azul desde que empezamos el ascenso. Llegar a la cumbre de la montaña donde se encuentra el Kompira confiere el derecho de escribir las propias peticiones en unos papelitos blancos alargados que se amarran en las ramas de los árboles circundantes para que los *kamis* se

encarguen de cumplirlas. Pedí, como en los monasterios budistas, sabiduría para sortear con creatividad el período de transición que estaba viviendo. Se me ocurrió que tal vez el hecho de completar una tarea, como este peregrinaje sintoísta, me daba el valor suficiente para verme a mí misma en vez de a mi padre y ese pensamiento bastó para que mi sangre circulara con más fuerza.

Desde antes de salir de México yo hablaba de la última etapa de mi vida pero fue hasta que escuché el comentario de Stella al terminar el peregrinaje de Kompira que me hice consciente de que ya se había iniciado. El chofer y yo apostamos que usted no llegaría a la cima, me dijo cuando me subí al coche, con una sonrisa que descifré sin dificultad. Yo nunca lo dudé; ni por un instante. Escalo el Teopozteco los fines de semana y sabía que llegaría hasta la cima sin dificultad. Pero desde sus respectivos treinta años de edad, a Stella y al chofer les parecía casi un milagro que una mujer de sesenta tuviera las fuerzas necesarias para subir una montaña que estaba mucho de ser el Himalaya. Los había sorprendido con una proeza que a mí no me parecía tal, y eso me recordó, por si acaso lo hubiere olvidado, que peregrinaba en Shikoku en preparación para una vejez que, aunque yo no la detectara todavía, empezaba a ser evidente para los demás.

## DECIMOQUINTA ESTACIÓN

No volé directamente a México al terminar el peregrinaje a Shikoku sino que pasé por Londres. Prudence Wilson, una monja que conocí cuando estudié en Inglaterra, cumplía cincuenta años de vida religiosa e invitó a todas sus discípulas a compartir con ella el aniversario en un convento del barrio suburbano de Hammersmith donde radica actualmente. Elegí para este trayecto del viaje a Japan Airlines. Necesitaba que se asentara en mí el silencio de Shikoku y unas sobrecargos acostumbradas a sólo decir lo necesario colaborarían a que así fuera. Me contuve para no ponerme los audífonos y escuchar música o ver alguna de las muchas películas que se proyectaron durante el vuelo. Estimulada por el sabor y el olor de los *sushis* servidos a más de veintemil pies de altura, pude estirar, durante unas cuantas horas más, el recuerdo del peregrinaje. Sin embargo, muy a mi pesar, porque hubiera querido conservarlas amarradas a mi piel para hurgar en sus entrañas, las memorias se alejaron de mí con la misma velocidad que el avión se alejó de la ciudad de Osaka. Cuando aterricé en Londres, monasterios, monjes, incienso y *sutras* se habían desvanecido dejando como herencia tras de sí, sólo la extraña sensación de que, al acariciarlos, algo en mí había cambiado para siempre.

Tuve que hacer toda suerte de malabarismos para incorporar Inglaterra a un itinerario cuyo único destino era inicialmente el Japón. Valió la pena. Aunque sabía que otras ex alumnas de Prudence estarían allí, ignoraba que encontrarme con ellas redondearía el peregrinaje.

Conocí Londres con mi padre cuando yo tenía catorce años y era la primera vez que lo visitaba desde su muerte. En aquella primera ocasión yo llegaba a Inglaterra para quedarme tres o cuatro años en



un convento de religiosas católicas del condado de Kent. Hasta ese día, buena parte de mi vida transcurrió plácidamente en el arbolado jardín de la casa de mis padres. En esos años, mis únicas salidas eran a la escuela y Eulalia, la nana, aunque poco cariñosa conmigo como ya dije, se ocupaba de que mi cama estuviera tendida, la ropa limpia y la comida lista. Yo era una niña mimada sin más responsabilidades que estudiar, tarea que se me daba fácil, y obedecer a mi padre lo que nunca me resultó gravoso por lo mucho que lo amaba. Otro dato significativo del tenor de mi relación filial —el primero tuvo que ver con mi no elección de carrera— es que bastó que mi padre dijera que me convendría cursar la preparatoria en Inglaterra para que empezara a despedirme de mis amigas y a arreglar mis cosas para radicar en un país al otro lado del Atlántico del que no conocía casi ni el nombre, sin preguntarme siquiera si estaba emocionalmente preparada para vivir lejos de mi familia.

Era también la primera vez que mi padre viajaba a Europa así es que la experiencia fue nueva para ambos. Volamos en uno de esos aviones con camas y, como dos niños traviesos, nos vestimos en pijamas de franela a rayas para dormir a gusto. Cuando nos despertamos, desayunamos opíparamente, como decía mi madre cuando se comía mucho y con gusto. Al llegar a Londres me di cuenta que había olvidado mi bolsa en el taxi que tomamos para ir al hotel. Supe que llegaba a una cultura exótica cuando, a las dos horas, la tenía de regreso sin faltar nada de lo que traía adentro que incluía el dinero de la escuela.

A la mañana siguiente, mi padre y yo tomamos un trolebús de dos pisos para ir al Museo de Madame Tussaud; pero no para admirar las reproducciones en cera de los personajes célebres que alberga, sino porque a él le interesaba que yo viera los calabozos donde están los criminales más sanguinarios de la historia para que aprendiera que detrás de los rostros más angelicales puede esconderse la maldad y que no debía fiarme de nadie. Creo que le preocupaba dejarme sola tan lejos.

En aquella ocasión nos hospedamos en el Hotel Claridge's y ese mismo hotel elegí esta vez. Quería tomar el té en el salón de los espejos al ritmo de los violines como lo hice en ese primer viaje con

mi padre y tantas otras veces con mi madre cuando me visitaba en las vacaciones. Quería pasearme por los pasillos que recorrimos juntos y revivirla a ella sentada en el sillón orejón tapizado de brocado del vestíbulo de entrada, luciendo el sombrero a rayas azul marinas y blancas que le quedaba tan bien y esperando, como lo hizo la mayor parte de su vida, que llegara mi padre. Quería sentirme niña otra vez porque me daba miedo ser huérfana.

Poco ha cambiado desde entonces en el hotel legendario que es el Claridge's. Incluso algunos de los porteros de hace cuarenta y cinco años, todavía abren y cierran las puertas para recibir y despedir a los huéspedes. En este contexto es fácil pensar que el tiempo se ha detenido. Pero cuando me subí al coche para ir a Hammersmith, bastó la presencia de mi hija y mis dos nietas —que me alcanzaron en esta etapa del viaje— despidiéndome en la acera, para recordar que yo no era ya aquella niña que llegaba por primera vez a Londres a estudiar la preparatoria, sino una madre y una abuela deseosa de hacer las paces con su historia para incursionar, sin amarras del pasado, en la nueva y última etapa de su vida.

Prudence estaba en la puerta del convento recibiendo a sus invitadas. Vestía una sonrisa que me recordó al Buda y una mirada capaz de penetrar hasta el fondo de las almas temerarias que se atrevían a cruzar su horizonte. Se dirigió hacia mí con los brazos extendidos y pronunció mi nombre con su inconfundible voz grave. Me dio gusto verla. Mucho gusto. Ya no usaba el hábito negro y la cofia blanca como cuando la conocí y su rostro mostraba, con orgullo y sin pudor, las huellas de los años transcurridos desde entonces. Pero la expresión no había cambiado. Testimoniaba la inquebrantable fidelidad a una vocación religiosa, que siempre me cautivó, susceptible de sintetizarse en aquella frase que alguna vez escribió detrás de una estampa del Cristo crucificado que me regaló en uno de mis cumpleaños: el único tiempo que desperdiciamos, es el tiempo que pasamos sin amar.

Prue, como le dicen sus amigos, nunca fue una mujer efusiva, pero la vejez la volvió acogedora. Agradeció con un abrazo muy fuerte mi presencia en la celebración de su jubileo, y luego me encaminó del brazo hasta donde estaban mis compañeras, al tiempo que

me daba un gafete con mi nombre para que me lo prendiera al saco. Al entrar al enorme patio interior delimitado por una serie de arcos y rodeado de corredores, me sobrecogió ver a decenas de mujeres, la mayoría canosas y pasadas de peso, mirándome inquisitivamente. Era evidente que intentaban descubrir a la niña escondida detrás de la mujer que soy y les estaba costando trabajo, lo que me pareció gracioso. Lo mismo me ocurría a mí. ¿Quiénes eran estas señoras espesas que usurpaban los cuerpos de mis compañeras de clase? ¿Dónde estaban las niñas esbeltas de risa fácil con quienes compartí la adolescencia? ¿Dónde las cabelleras brillantes que tanta envidia me provocaban? ¿Por qué la melancolía y la suspicacia en sus miradas?

El proceso de reconocimiento fue fascinante. La mayoría de las veces bastó un gesto para descubrir a la vieja compañera. A Valerie la reconocí al verla mover la cabeza, por ejemplo. Pero aún cuando fue necesario leer el gafete, las adolescentes que conocí se posesionaron de la señoras mayores que desconocía tan pronto como éstas dijeron las primeras frases después del convencional *hello*. Sin duda todas las presentes habíamos cambiado y mucho en los cuarenta y cinco años que teníamos de no vernos. Pero también es cierto que habíamos cambiado poco. Aunque Ángela estaba tan demacrada que más bien parecía una calaca, seguía igual de incisiva y cortante que cuando tenía quince años. No logré sacarle más que las buenas tardes a pesar de que a diferencia de mis demás compañeras, a ella la vi varias veces después de salir de la escuela. Tal vez no ha podido olvidar que habríamos ido juntas a unas carreras de caballos si no fuera porque a última hora mi entonces marido y yo los dejamos plantados, a ella y a su esposo, con el picnic preparado.

Mary, con su elegancia nata un tanto desgastada, seguía igual de estrafalaria. Había un solo hombre en la reunión. Un viejo mal humorado vestido de chaleco brillante color vino y bastón, empeñado en hacernos saber, manteniéndose alejado de todas, que la reunión no estaba a la altura de su alcurnia. Si alguien me hubiera preguntado con quién venía este grotesco caballero, sin saberlo le habría asegurado que con Mary pues sólo ella se habría hecho acompañar al jubileo de Prue de un hombre semejante.

Como correspondía a la reunión, el momento cumbre fue la celebración de la Eucaristía en la capilla del convento, una habitación espaciosa y sobria pintada en tonos pastel. Tenía por único ornato una imagen del Sagrado Corazón colocada detrás del altar con un ramo de gladiolas rojas a sus pies. Para entonces, los trámites del reconocimiento habían concluido y cada una se sentó al lado de quien tuvo resonancia con su hoy y no de su mejor amiga de cuando éramos pequeñas como se habría esperado.

Yo me senté al lado de Margaret, una mujer cuyo físico evidenciaba que había exprimido la vida. Su rala cabellera apenas evocaba la melena rojiza y ondulada que antes le caía hasta la cintura, y los ojos, que yo recordaba de un verde muy intenso, lucían apagados en el fondo de dos pequeñas bolsas de piel arrugadas. Apenas crucé palabra con ella cuando estábamos en la escuela. Es dos o tres años mayor que yo y, en aquel entonces, la diferencia de edades representaba una quinta parte de nuestras vidas. El tiempo nos igualó y la convirtió en la única mujer de entre todas las que estuvieron en Hammersmith, aparte de Prue, que despertó mi interés.

*I have made a mess out of my life*, me dijo Margaret en cuanto empezamos a hablar. Con la frase se inició una conversación que continúa por Internet y está próxima a volverse íntima. Nunca se casó ni tampoco tuvo hijos o hizo alguna carrera importante. Creo que es porque bebe demasiado. Durante las cinco o seis horas que estuvimos juntas, llenó varias veces su copa de vino. Detrás del alcohol debe esconder anécdotas que tal vez algún día compartirá conmigo. Por lo pronto, Margaret asistió a la misa con fervor infantil, como lo hicimos todas. Incluso aquellas que dejamos de practicar nuestra fe desde hace muchos años. ¿Cómo no conmovernos al escuchar los himnos que cantábamos todos los días? ¿Cómo no sentirnos niñas otra vez al ver a nuestra madre superiora renovar sus votos de pobreza, castidad y obediencia con la dignidad de una reina? Por momentos parecía que el tiempo había retrocedido cuarenta y cinco años y estábamos empezando la vida.

Pero la fantasía duró hasta que nos dimos la paz, después de la consagración de las especies y la transubstanciación, y nos reconocimos en el espejo de las demás como unas mujeres a punto de ser

viejas, con una historia imposible de borrar porque estaba troquelada en nuestros cuerpos. ¿Cuántas noches de amor sumaríamos entre todas? me pregunté, como si estuviera haciendo el balance de una empresa, al sentir la áspera calidez de las manos de mis compañeras entre las mías. ¿Cuántas horas de desencanto se albergarían en nuestros músculos flácidos sedientos todavía de caricias? ¿De cuántos pañales cambiados estarían compuestas las ojeras? ¿Cuántos niños habrían amamantado nuestros pechos? ¿Cuántas noches de insomnio empañarían nuestras miradas? ¿Cuántas alegrías contarían las comisuras de los labios? ¿Cuántas lecturas poblarían el pozo de nuestras memorias? También de abandonos y adioses hablaban los huesos cansados, las miradas melancólicas y los cabellos descuidados. Abandonos por parte de maridos y de hijos; adioses de amantes, de fortunas y del atractivo físico. No en balde nuestros cuerpos habían adquirido un matiz de nostalgia en los cuarenta y cinco años que nos dejamos de ver.

Sin embargo, aún se percibían en el andar de todas estas mujeres en las que me reconocía, destellos de fuerza y de altanería. Los pasos firmes y las miradas desafiantes hablaban de que la derrota no era aún total. No nos resignábamos a ser sólo sombras de lo que algún día fuimos. Seguiríamos retando a la vida mientras no nos venciera la muerte. Detrás del aparente descuido había toques de coquetería como los cabellos recién teñidos y bien peinados de Nicole, el vestido estampado en colores vivos con zapatos a juego de Cecilia o uno que otro broche abigarrado en las solapas de las mujeres más conservadoras. En las conversaciones se intercalaban, con los recuerdos infantiles compartidos, planes de explorar nuevas profesiones, búsquedas de Dios y posibles romances. La vejez era otra etapa de la vida, sin duda la última, pero no por ello dejaba de ser efervescente.

Pensé en mi madre a nuestra edad. Con tristeza recordé que ella la padeció. Como a muchas mujeres de su época, la sexta década sólo le deparaba visitas esporádicas de sus hijos y ver crecer a sus nietos. Su esposo, mientras tanto, construía la institución financiera más importante de Latinoamérica y después de que se la expropiaron, cuando él tenía ya setenta y tres años, pudo todavía dedicarse

frenéticamente a ejercer la filantropía hasta el día de su muerte, veinte años después.

Volví a Londres recordando con melancolía el ruido que hacían las pulseras de mi madre al golpear unas con otras y el perfume *Fleurs de Rocaille* que anunciaba su llegada. Recordé también sus ojos verdes, su piel blanquísima, muy parecida a la de mi nieta Amparo Alexia, y los dedos muy largos, como los de mi nieta Camila. Pero sobre todo, sus largas uñas rojas siempre inmaculadas a pesar de que nunca iba al salón de belleza. Cuando vi a mi hija esperándome en la puerta del hotel para cenar juntas, me pregunté cómo me recordaría ella cuando tuviera mi edad; de qué gestos y de qué momentos armaría los recuerdos de su madre. Me pregunté también qué tanto habrían cambiado desde la época de mi madre los horizontes de las mujeres.

## DECIMOSEXTA ESTACIÓN

¿Cómo me recordarán mis tres hijos cuando tengan sesenta años? ¿Qué gestos y momentos conservarán de su madre? Estas dos preguntas me persiguieron como perros de caza durante el vuelo de regreso a México. ¿Recordarían mis cabellos largos que cepillo con tanto placer? ¿Qué facción de mi rostro se les grabará? ¿Me consideran atractiva? Pero no fueron éstos sino los recuerdos de mi carácter, de mi creatividad, de mi calidad humana y mi maternidad los que me angustiaron. ¿Qué calificación me darán en estas materias? Sin duda su memoria guardaría el amor que le tuve a mi padre porque definió gran parte de mi vida sin el menor disimulo. Pero ¿lo verían como la virtud que yo considero que fue o como un rasgo infantil que les robó horas-madre que les correspondían? ¿Recordarían con nostalgia nuestras pláticas de sobremesa o sentirían alivio por no tener ya que padecerlas? ¿Me juzgarían víctima o responsable del divorcio? ¿Recordarían que celebré la entrada a la vejez con un peregrinaje a Shikoku? Pero soy yo la que en estos momentos debo evaluar mi maternidad y mi divorcio. Yo la que debo responder por mi vida y no mis hijos. He dicho, emulando a Kazantzakis, que quiero entregarle a la muerte sólo los pellejos. ¿Por qué me contengo? ¿Para qué? ¿Qué espero?

Me apresuré a responder sobre mi maternidad porque en este renglón no tengo dudas. Decidí querer a mis hijos desde que nacieron y he sido fiel a la decisión durante treintaisiete años. Al principio mi amor estaba contaminado. Como todo lo que hacía en mi juventud, era producto de un deber ante todo y siempre a la Rudyard Kipling. ¿Cómo negar que tenía que ver más conmigo que con mis tres hijos si atenderlos formaba parte de una cadena de obligaciones autoimpuestas que yo cumplía para alcanzar esa perfección

aderezada de santidad que había definido como el *leit motiv* de mi existencia?

Tengo aún muy viva una escena que se repitió todos los días durante varios años. Refleja con fidelidad las conductas que yo desplegaba en esa época. Vista desde el hoy, tiene al menos la virtud de la buena voluntad: estoy sentada en el jardín común de los departamentos donde viví de recién casada. Hace frío y llevo puesto un suéter grueso de color azul rey. Mi hija recién nacida, frente a mí en su sillita de lona y envuelta en una cobija azul de estambre que le tejí, recorre con los ojos muy abiertos el horizonte nublado. Los inquilinos de los otros departamentos pasan a mi lado apurados, para no llegar tarde al trabajo. Deben ser las ocho de la mañana. Mezco suavemente la silla de lona al tiempo que observo a mi hija, casi sin parpadear, como si así conjurara cualquier maleficio que pudiera llegarle con el viento. Pasan las horas. Entro a la casa. Amamanto a la niña. Vuelvo a salir. Siento a mi hija en su silla de lona y la observo, casi sin parpadear, hasta que empieza el clima lo permite.

Cuando mis hijos dejaron atrás la infancia y comenzaron a hacerse mayores, la curiosidad que me produjo la singularidad de cada uno apabulló para siempre al deber y comencé a amarlos de verdad prefiriendo su bienestar al mío. Esto lo descubrí cuando el doctor me dijo que para darme un diagnóstico, debía esperar hasta ver el dictamen del patólogo sobre el tipo de ganglio que le había extirpado a uno de ellos. Antes de conocer que resultaría benigno, yo le pedí a Dios, con una sinceridad que desconocía, que cualquier malignidad me la enviara a mí y no al niño ni a ninguno de sus hermanos.

La adolescencia de mis hijos fue una de las épocas más deliciosas de mi vida. Entrar a sus habitaciones por las mañanas y abrir las pesadas cortinas de lana a cuadros rojos y verdes para despertarlos; desayunar juntos alrededor de la mesa de mármol blanco, sólo claras de huevo revueltas porque a ellos no les gustaban las yemas; subirlos al Volkswagen rojo, ellos en sus uniformes recién almidonados y yo en pantalones de poliéster y blusa blanca sin mangas; repartirlos a sus respectivas escuelas para recogerlos a las dos de la tarde con ansias de escuchar las anécdotas tristes y alegres que relatarían... ¿Dónde quedaron estos momentos radiantes? ¿Qué dimensión celosa



los arrebató de mi lado? A veces se asoman entre los muebles de ratán de mi recámara o detrás del escritorio de la oficina. Entonces extendiendo el brazo para atraparlos y percibir otra vez las tersuras y el aroma de esos adolescentes que eran entonces mis hijos. Pero las siluetas se desvanecen apenas perciben el movimiento dejando tras de sí una estela de durazno. Entonces yo sacudo la cabeza y me reintegro a un hoy plagado de acertijos que me exigen decisiones radicales y estados de cuenta del pasado para mostrarme el camino hacia una vejez prudente y fructífera.

Tampoco tengo dudas sobre el divorcio. Puedo enfrentarlo a partir del día que tomé la decisión. Llovía como suele llover en los países tropicales. Estoy sentada frente mi escritorio cubierto de papeles en desorden y miro la calle a través de la ventada. Las veloces luces de los coches me hipnotizan. Juego a adivinar los secretos de los automovilistas. No espero a nadie pero estoy pendiente del timbre porque necesito compañía. El aroma de la rosa del florero sobre el escritorio, me consuela. Deben ser alrededor de las siete de la noche. Posiblemente es viernes. Una frase de Meister Eckhart me asalta: "La finalidad de la vida es llegar a ser lo que podemos llegar a ser". Las palabras crecen al tamaño de la habitación devorándolo todo. Estoy sola con la confrontación existencial del místico alemán. Deja de llover intempestivamente. El horizonte se aclara y los coches apagan sus luces. Salgo de la biblioteca y voy en busca de mi marido. Lo encuentro en la recámara. Le digo que ya no quiero vivir con él.

No podía llegar a ser lo que estoy destinada a ser viviendo al lado de mi marido. Nuestra relación me desangraba. Me desgastaba tratando de descifrar sus deseos. Aprendí alemán para hablar con sus socios. Tomé y di toda suerte de clases para interesarlo. Organizaba reuniones los fines de semana para entretenerlo. Le ofrecía platillos extravagantes para seducirlo. Adelgacé. Engordé. Me vestí de rojo, de azul y de amarillo. Me dejé crecer el pelo y me lo corté buscando gustarle. Caminaba horas para despejar mi angustia. Después de veinte años de casada estaba tan lejos de estas metas como el primer día. Mis esfuerzos se desvanecían como el humo y yo moría de su indiferencia.

A pesar de la tristeza y el dolor, supe que mi corazón se templaba para siempre cuando me divorcié. Sentí que la decisión me volvía invencible porque la tomaba trascendiendo el temor femenino más angustiante: quedarse sin pareja. Esto me aseguraba que sortearía cualquier tormenta. A mis hijos sólo les dije que me separaba de su padre porque la imagen de mujer que les daba viviendo a su lado me parecía triste. ¿Entenderían ellos la explicación? ¿La considerarían válida para separar una familia? Pero sobre todo, ¿habrían sido suficientes mis muestras de amor para que se afirmaran en la vida a pesar de sus vicisitudes? Abrumada por las dudas y el cúmulo de balances pendientes, recliné mi asiento y, sin darme cuenta, me quedé dormida hasta que me despertó el aviso de abrocharnos el cinturón porque en unos minutos aterrizaríamos en la ciudad de México.

## DECIMOSÉPTIMA ESTACIÓN

Mi perra Viki me recibió meneando la cola. Los siguientes dos o tres días se acercó a buscar comida a la puerta de mi recámara cuando oyó que volvía de la oficina. Luego dejó de venir porque ya no podía caminar y la alimenté con un biberón dentro de su perrera hasta que una mañana la encontré muerta. Al verla sin vida, sentí pena; pero también vergüenza por no haber estado junto a ella en los últimos momentos. Le agradecí en silencio su presencia de quince años en mi casa y la envolví en una sábana blanca. Llevé su cuerpo al veterinario para que lo incinerara y luego eché las cenizas en una bolsa brocada de color morado que coloqué dentro de un cofre de madera tallado que me obsequiaron en el consultorio. Al regresar a mi casa, puse el cofre encima del escritorio mientras encontraba el sitio apropiado para enterrarlas.

Habían pasado varias semanas y estaba acostumbrándome a ver las cenizas de Viki sobre el escritorio. Resulta difícil dejar ir a quienes amamos incluso cuando ya no son más que polvo. Un buen día resolví que mi egoísmo no debía impedirle proseguir su viaje a través del universo y comencé a buscar señales que me indicaran cómo encaminarla. Supe que había encontrado la que buscaba cuando vi las rosas de castilla del jardín floreciendo a destiempo. Pero tendrían que pasar todavía varias semanas antes de derramar las cenizas de mi perra bajo sus ramas para que pudiera reencarnar en flor de acuerdo con su destino.

Cuando Viki murió, la mirada de Sanoj se nubló para siempre. Recorría el jardín de arriba abajo olfateándolo todo. Era evidente que extrañaba a su compañera y presentía su regreso bajo una forma diferente. Luego empezó a enflacar y ya no respondía cuando lo llamábamos por su nombre. Un día descubrí que tenía el cuerpo

llo de tumores y, esa misma tarde, se desplomó al lado de mi recámara y ya no se levantó más. Lo llevé cargando hasta su perrera y llamé al veterinario. Nada más ver a Sanoj él me sugirió ponerlo a dormir porque estaba sufriendo y sus males ya no tenían remedio. Manuel, el más joven de mis hijos, y yo, debíamos tomar la decisión. Qué difícil. Sanoj formaba parte de nuestras vidas. Manuel lo había comprado a escondidas con sus ahorros cuando era todavía un niño porque en esas épocas yo no quería un perro en casa. ¿No sería mejor que muriera naturalmente?, me preguntó con nostalgia sintiendo que su infancia lo abandonaría con su perro. Está desangrándose por dentro, interrumpió el veterinario, respira con dificultad probablemente tiene una afección cardíaca. Pero ni aún así nos decidíamos a ponerlo a dormir. Cerca de una hora estuvimos en el garage de la casa haciéndole preguntas al veterinario y dilucidando qué hacer. Habíamos decidido conservar a Sanoj a nuestro lado, cuando se nos acercó, arrastrándose, y con la mirada nos dijo: *Ya no, por favor; déjenme ir.* Supimos que era injusto prolongar su agonía y con tristeza, muchos abrazos y mirándolo a los ojos le dijimos adiós. Cuando recibí sus cenizas dentro de una bolsa de seda negra, supe que Viki había estado esperándolo para realizar juntos el último viaje.

Llevé las cenizas de mis dos perros hasta el rosal de castilla. Removí con las manos un poco de tierra a su alrededor porque si las esparcía por encima se las llevaría el viento. Cuando hube cavado lo suficiente, las saqué de las bolsas y las vertí cubriéndolas en seguida de tierra. Me quedé unos minutos parada junto al rosal pensando que, en esos momentos, Viki y Sanoj estarían penetrando esas raíces y no tardarían demasiado en confundirse con los pétalos de las rosas. Cuando sentí que habían llegado, me di la vuelta y caminé hacia mi recámara. Antes de entrar, me volví a mirar el rosal y me pareció descubrir entre sus hojas, una rosa más rosada que las demás y sentí una gran paz.

A los pocos días, mi propia muerte comenzó a rondarme: ¿A dónde iría yo al morir? ¿Reencarnaría en flor como mis perros? ¿Debía pedirle a mis hijos que me enterraran junto a un rosal para que el paso fuera más rápido? Crucé el Océano Pacífico para anticipar mi vejez con un peregrinaje y pasé muchos días intentando

hacer amistad con el inminente deterioro físico. Pero ni una sola vez pensé en la muerte. Mucho menos en qué vendría después. La práctica de meditación budista me ha llevado a vivir aquí y ahora, y las consideraciones sobre el futuro y el más allá han ido perdido presencia simultáneamente.

En Shikoku, esta actitud permaneció vigente. Me sumergí en el presente dejándome atrapar por los olores y sabores de sus monasterios. Mientras lo hacía, el futuro se mantuvo discretamente al margen. Sin embargo, el destino que siempre nos da lo que necesitamos cuando lo necesitamos y no antes ni después, tenía la muerte lista para mí cuando volví de viaje, disfrazada de dos perros que compartieron conmigo los años de mi adultez.

No me sorprendió demasiado cuando con la muerte reapareció mi creencia en la resurrección. A pesar de las exploraciones religiosas y de un peregrinaje budista al otro lado del mundo, yo privilegiaba esta versión para después de la vida por sobre la creencia en una reencarnación o la idea de convertirme en energía. Abandonar la práctica de los rituales católicos no impidió que la creencia en la resurrección se mantuviera viva. Aunque a veces, cuando me asaltaba la duda, decía con Unamuno que *si no hay otra vida esta es una injusticia* y cuando me agobiaba la desesperanza me adhería a Jorge Luis Borges gritando que *si hay otra vida, ésta es un fraude*. Pero, en el fondo, yo siempre he creído que esto no se acaba aquí porque es imposible que nunca vuelva a ver a mi madre, a mi hermano o a mi padre. Necesito decirles muchas cosas y tengo mucho por descubrir de sus personas. Alguna vez exterioricé este argumento y me dijeron que una apuesta al más allá es muy seria y no puede basarse en el deseo. Es curioso, para mí, es precisamente el deseo lo que le da fuerza y sustento. ¿De dónde nacen los deseos si no de una certeza congénita de que tarde o temprano serán saciados?

A lo largo de mis sesenta años he ido diseñando una religión a mi medida. Profundicé en el catolicismo estudiando teología. Luego vino el budismo. Más tarde me enamoré del Dios de Nikos Kazantzakis y lo incorporé a mi bagaje de creencias. La idea de un Dios que necesita de la humanidad para llegar a ser apeló a mi autoestima como no lo había hecho ningún concepto religioso. ¿Qué puede

estar más en sintonía con la dignidad del hombre que una humanidad construyéndose a sí misma al ritmo que construye a Dios?

Soy sin duda una mujer afortunada. Mientras muchas compañeras de escuela y universidad han perdido la fe o continúan cumpliendo al pie de la letra los mandatos religiosos de la infancia, yo tengo una experiencia religiosa tan amplia que me permite definirme como cocreadora de Dios sin ninguna culpabilidad y una concepción de la espiritualidad que igual me lleva a Shikoku o a un monasterio benedictino a cantar las vísperas con los monjes. Pero lo que más valoro es saber que transitaré por la vejez sin demasiada nostalgia porque he podido vivir mi vida sin los límites que impone una religiosidad dogmática.

A los pocos días de haber vuelto de Japón, comenzaron a definir de nuevo mi vida los escritos periodísticos, las conferencias, los consejos de administración, las visitas al doctor Aramoni, mi tesis doctoral, las comidas familiares, la publicación de escritos de mujeres que se atreven a contar sus historias, las conversaciones con María; los fines de semana en Cuernavaca con Yiya, la vieja nana, las caminatas por el pueblo de Ocoteppec y el canto de las vísperas en el monasterio benedictino de Ahuatepec. Empezó a preocuparme que la vorágine de la rutina cotidiana enterrara las vivencias de Londres y de Shikoku junto a Viki y Sanoj. Pero recordé aquella última mirada de mi padre y supe que mi vida había cambiado para siempre con su muerte. La nueva etapa estaba sellada con el peregrinaje y eso, de por sí, lo volvía inolvidable.

## EPÍLOGO

Son las diez de la noche y hace frío. Acabo de acostarme y estoy por encender el cobertor eléctrico. Escucho el zumbido cercano de una mosca. Habría saltado de la cama para correr a buscar mis armas si no es porque un golpe indefinible, en la línea del que derribó a Saulo al ir a cazar cristianos, me tumba en cuanto lo intento. Al momento de caer nuevamente de espaldas, la mosca me sobrevuela muy lento, como queriendo seducirme con su negrura, y yo me quedo muy quieta, como permitiendo que lo intente. Vuelve a pasar encima de mí, con igual velocidad, una y otra y otra vez hasta que siento la necesidad de acariciarla y estiro el brazo. No puedo asegurar que la alcanzo. Sólo que en ese momento descubro que la misma energía misteriosa que me infunden estas líneas, está presente en aquella mosca que me sobrevuela varias veces y yo dejo salir, íntegra, abriéndole la ventana. ¿No es acaso un delirio la vida?



# ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Dedicatoria . . . . .	VII
Introducción . . . . .	IX
<b>Shikoku</b>	
<i>Primera estación</i> . . . . .	1
<i>Segunda estación</i> . . . . .	7
<i>Tercera estación</i> . . . . .	11
<i>Cuarta estación</i> . . . . .	17
<i>Quinta estación</i> . . . . .	19
<i>Sexta estación</i> . . . . .	25
<i>Séptima estación</i> . . . . .	29
<i>Octava estación</i> . . . . .	33
<i>Novena estación</i> . . . . .	37
<i>Décima estación</i> . . . . .	41
<i>Onceava estación</i> . . . . .	47
<i>Doceava estación</i> . . . . .	51
<i>Treceava estación</i> . . . . .	57
<i>Catorceava estación</i> . . . . .	61
<i>Quinceava estación</i> . . . . .	65
<i>Dieciseisava estación</i> . . . . .	73
<i>Diecisieteava estación</i> . . . . .	77
Epílogo . . . . .	81